
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
CURTIS GARLAND
LONDRES, 1888


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

255 — El estanque, *Ralph Barby*.
256 — ¡Arde, Diosa, arde!, *Clark Carrados*.
257 — Los sádicos, *Curtis Garland*.
258 — Macabra colección, *Ralph Barby*.
259 — Trece monedas de muerte, *Clark Carrados*.

CURTIS GARLAND

LONDRES, 1888

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 260
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.984 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

PREFACIO

El año 1888 marcó un hito en la historia criminal de Londres, e incluso de todo el mundo. En plena era victoriana, conoció Inglaterra al más enigmático y estremecedor asesino de todos los tiempos. El que, en sólo un otoño de actividad criminal, escribiría la más sangrienta y perdurable página de la crónica negra.

Ese personaje, naturalmente, fue Jack el Destripador.

Confieso que tengo una especial debilidad por Jack el Destripador. Algunas de mis obras se han inspirado en su persona y en su obra, muy especialmente una policíaca titulada El manuscrito del Destripador, y otra del tema terrorífico, Niebla en Whitechapel. Otras varias se inspiraron, de forma más o menos lejana, en las siniestras «hazañas» del más misterioso y sorprendente personaje de la historia del crimen.

Otros muchos autores, más prestigiosos e importantes que yo, han manejado del mismo modo al Destripador, como son los casos de Robert Bloch, Mary Belloc Lowndes, Ellery Queen, y más recientemente Elwyn Jones y John Lloyd, con una novela en la que, teniendo como protagonista a Sherlock Holmes, el inmortal personaje de Conan Doyle, éste se enfrenta al legendario asesino del East End londinense. La idea no es nueva, porque ya el propio Ellery Queen la utilizó en una novela suya, llevada al cine posteriormente, titulada Estudio de terror. Ello quiere decir que el personaje conserva su fuerza dramática de siempre, y que los autores no renunciamos a utilizarle, de modo más o menos indirecto, cuando queremos penetrar en el horror de una época de niebla, escasa luz de gas, callejuelas sórdidas y angostas, y la impunidad con que se desenvolvía en ese clima angustioso el famoso criminal de Whitechapel y Spitalfields.

Viene todo esto a cuento del presente relato que, aunque el lector teme que va a ser otro «revival» del Destripador, en realidad no lo es. Pero confieso honestamente que me inspiro en su historia y su posible personalidad —el mayor enigma de todo el asunto, ciertamente—, para enfocarlo desde otro prisma diferente por completo al utilizado hasta ahora, y sin que me refiera directamente al Destripador, como tal, si bien el paralelismo del criminal de mi novela y el que aterrorizó a Londres en aquellos tiempos, será evidente y no hay por qué negarlo.

La propia cinematografía británica, a través de una brillante película, mezclaba hábilmente los mitos de Jekyll y Hyde, de los ladrones de tumbas Burke y Hare, y del propio Destripador, en un film titulado Doctor Jekyll y su hermana Hyde, que cualquier amante del género recordará con agrado. Pues bien, sin ser tampoco «eso», esta obrita trata de dar un giro distinto al problema, mezclar acaso también una serie de elementos de diversos personajes, ya sean ficticios, ya reales, para conjuntarlos en un solo ser y en un solo argumento lineal.

Hecho este preámbulo que he creído necesario para situar al lector en este Londres, 1888, y que todo amante del género habrá relacionado inmediatamente con el asesino del East End, creo que ya no hay más que dejarse de explicaciones y pasar al relato propiamente dicho.

Admito que encierra una dosis de fantasía respetable en su solución final, pero ¿quién podría negar a ultranza que algo así pudo haber sucedido?

Después de todo, el misterio aún sigue en pie desde 1888. Cada uno puede darle su propia explicación. Esta, naturalmente, no es la mía. Pero puede ser una de ellas. ¿Por qué no?

CAPITULO PRIMERO
SANGRE EN EL EAST END

Fue el principio de todo.

Pero nadie pudo imaginario. Ni siquiera la víctima.

A fin de cuentas, ella no supo lo que sucedía, hasta que fue demasiado tarde para evitarlo. Luego, ya ni siquiera pudo pensar. Los muertos no piensan.

Y Nancy Ascott, que a las dos de aquella madrugada estaba llena de vida, a las dos y media era solamente un cadáver, desangrándose horriblemente en uno de aquellos sórdidos y angostos callejones del East End que, más que tales callejas, eran simples pasadizos oscuros, en los que apenas cabía una persona en posición normal.

Al fondo se adivinaban los patios de vecindad, la escalera de acceso a las miserables viviendas del barrio, lleno de pobres y de prostitutas por un igual.

Nancy Ascott era ambas cosas: pobre y prostituta. Ocupaba una de aquellas sucias y miserables viviendas, y si podía pagarla con relativa regularidad, era porque las noches afortunadas le permitían ganar unas cuantas monedas. Casi siempre era un marinero borracho o un mozo de caballerizas con ganas de juerga el que le daba las monedas de su cotización habitual. No podía esperar otra cosa, porque lo cierto es que Nancy Ascott era una mujer ya entrada en años y en carnes, con unos pechos enormes pero caídos, y un trasero pellizcado por todos los granujas del barrio a lo largo de los años.

Ese dinero le permitía subsistir, poder tener maquillajes para cubrir su rostro ya ajado por los años y por la forma de vida, e incluso para comer algo y beber mucho más.

A Nancy le gustaba beber. Y no era nada raro. Muchas mujerzuelas de la zona tenían gustos parecidos. Tal vez gran parte de ellas lo hicieran para olvidar lo más posible. Otras, porque realmente eran aficionadas al alcohol. Las más, para obtener algún porcentaje del dueño de la taberna, si el cliente se dignaba pagarles algunas copas. Claro qué los taberneros no eran demasiado generosos en ese porcentaje, y acostumbraba a limitarse a unos pocos chelines cuando más. Eso, a cambio de irse a casa, si no había habido suerte en cazar a algún hombre necesitado de compañía, con una media borrachera como mínimo.

Nancy Ascott no había tenido ninguna suerte aquella noche del frío y brumoso otoño de 1888. Aparte los cinco chelines que le diera el cantinero del Dirty Dick, en Bishopsgate (*Aun existe en Londres la citada pub, en Whitechapel, junto u lo que hoy se conoce como el mercado dominguero de Petticoat Lane. Es una de las tabernas más antiguas y peculiares de Londres, y conserva todo el sabor y ambiente de otras épocas. Además, su historia y tradición son realmente pintorescas*), por haberle conseguido sacar varias

ginebras a un marinero ebrio, llevaba el monedero vacío. Tenía que pagar al día siguiente al casero, y estaba dándole vueltas a su cabeza, en busca de una solución momentánea al problema, cuando abandonó la vieja taberna de Whitechapel y echó a andar hacia uno de aquellos callejones, justamente el segundo tras el edificio de la taberna. Era el lugar donde ella residía.

Aunque Bishopsgate era una calle más amplia que las demás, su iluminación era tan débil como la de todas las de aquel barrio, y la espesa niebla hacía el resto, convirtiendo la zona en un dédalo tortuoso e inquietante, sobre todo para una mujer sola.

Pero Nancy Ascott estaba habituada a recorrer de noche aquellos lugares, y nada podía asustarle. Menos aún, llevando encima unas cuantas ginebras.

Soltó un eructo muy poco femenino, apenas pisó la húmeda acera, y se quedó mirando turbiamente al halo azulado de una farola del alumbrado callejero, como si pretendiera orientarse para seguir su camino, aunque conocía éste a la perfección, por mucha que fuese la niebla existente.

Pasó un carruaje de caballos, que se perdió pronto en la bruma, haciendo redoblar los cascos en el empedrado callejero. Nancy suspiró, agitando torpemente un brazo hacia aquel vehículo que se alejaba. Tal vez, pensó, iba dentro algún caballero adinerado, que hubiera podido resolverle sus problemas, si se hubiera fijado en ella.

Sólo que nadie atendió a su gesticulación, y el rodar del carruaje se perdió definitivamente en la distancia. Nancy se encogió de hombros y echó a andar resueltamente, para alcanzar el callejón donde se hallaba su vivienda.

A veces se cruzaba con algún policeman de servicio, pero esta noche ni siquiera vislumbró rastro de persona alguna, hombre o mujer. Recordó vagamente que en los últimos tiempos, había habido algunos asaltos a mujeres solitarias en aquel y en otros barrios de la ciudad. Se sabía de violaciones y de asesinatos, tanto allí como en Blackfriars o en Spitalfields. Pero eso nunca le había amedrentado a Nancy. Ella decía que todos los oficios tenían sus riesgos. Y hasta ahora, nunca se había visto en apuros, salvo alguna vez con algún borracho molesto, o con alguna otra de su profesión, en una pelea más o menos violenta.

Resueltamente, llegó a la boca del callejón. Difícilmente podía encajar una mujer con sus caderas la estrechez de semejante pasaje en sombras. Sus nalgas rozaban las húmedas paredes del callejón.

Caminó por él, canturreando entre dientes una tonada popular. No en voz muy alta, porque no quería recibir desde cualquier piso de la casa de vecindad, situada al fondo del pasaje, el contenido de una letrina, en forma de apestosa lluvia.

Nunca llegó al patio de la vivienda. La muerte la esperaba en las sombras del lugar, mezcladas con aquella especie de humo o vapor viscoso y frío que era la niebla, metiéndose por todas partes y enroscándose en torno a personas y objetos.

La muerte en forma de una sombra súbita, que se materializó entre las

brumas, y cayó sobre ella como, un gigantesco murciélago. Una capa o macferlán negro, flotó como las alas del imaginario quiróptero, envolviendo a la matrona de las grandes formas en un abrazo de muerte, helado e implacable.

Nancy Ascott, saliendo de su torpeza, gritó. Es lo único que pudo hacer: emitir un grito agudo que helaba la sangre. Luego, de la forma negra emergió algo centelleante, que incluso brilló en la oscuridad profunda del pasaje, al ser herido por el lejano halo de la luz de gas.

Una afiladísima hoja de acero penetró en las carnes opulentas de la mujer, como si cortaran mantequilla suavemente. El berrido de ella se hizo angustioso, cuando notó el tajo hasta el fondo de sus entrañas, y luego el cuchillo subió, rápido, como si abriesen una res en canal.

La sangre escapó de la tremenda herida, disparándose en ramalazos escarlata, que golpearon las piedras sucias y húmedas de las paredes, en churretes brillantes, para luego derramarse rápidamente hacia el suelo, a gruesos goterones que dejaban estrías rojas en los muros.

Cuando el arma salió del vientre de la infortunada, se dirigió rápido a su rostro, y se lo cortó de arriba abajo, acabando por subir luego e hincarse en un ojo de la pobre Nancy.

Ella cayó de bruces, con el ojo reventado, la sangre fluyendo tumultuosamente de sus heridas, el corpachón agitándose en espasmos atroces, la voz convertida en un ronco jadeo de agonía.

La figura fantasmal retrocedió ágilmente, para luego saltar por encima de la mujer abatida, y terminar perdiéndose en la niebla espesa de la noche.

Cuando el cuerpo de Nancy Ascott fue hallado por unos vecinos, ya era cadáver. Se había desangrado sobre el empedrado, víctima de unas profundas y terribles cuchilladas. Su ojo izquierdo estaba vaciado por el atroz impacto de la punta de un arma blanca.

Era el fin triste y sangriento de Nancy Ascott, una oscura prostituta de Whitechapel.

Sólo eso parecía ser, después de todo.

Pero era también el principio. El principio de algo mucho más prolongado y horrible.

El principio de una carnicería sin precedentes.

* * *

—Parece la obra de un sádico. O de un loco sediento de sangre —comentó secamente el superintendente Everett Greaves, de Scotland Yard, separando finalmente sus ojos del cadáver en torno al cual bailoteaban las lámparas encendidas de los agentes, y las sombras cambiantes por ellas proyectadas en el velo de niebla que todo lo envolvía.

El sargento Patrick O'Hara, el recio irlandés pelirrojo, asintió pensativo, retorciéndose mecánicamente las guías de su frondoso bigote rojo. Su lámpara

recorrió, con luz macilenta, el reguero de sangre que iba a morir contra un bordillo, tras dibujar una serie de rojos trazos entre el empedrado,

—Es una época desastrosa —dijo el sargento—. Asaltos, robos, crímenes... No sé a dónde iremos a parar, señor.

—Necesitaríamos tres o cuatro veces el número de agentes que hay actualmente en Londres, para garantizar un mínimo de seguridad a los ciudadanos, sargento —refunfuñó de mala gana el superintendente—. Como usted ha dicho bien, es una mala época. Hay miseria, injusticia, represiones moralistas, codicia, poca luz, escasa vigilancia... y encima esta maldita niebla. Hacemos lo que podemos, pero eso no basta. Ni nos basta a nosotros, ni le basta a la gente. Y mucho menos a la prensa. Mañana van a ponernos en la picota otra vez. Es lo habitual.

—¿Qué cree que sucedió exactamente, señor?

—No lo sé. Puede que fuese una reyerta vulgar, v luego el asesino se cegó, acuchillando a su víctima. Pero no sé... Esa horrible herida en el ojo vaciado... y la forma de abrirla en canal, de un solo tajo certero y potente... Revela una mano fuerte, vigorosa v nada vacilante. Además, mucha crueldad. Una crueldad terrible, rayana en lo inhumano, sargento. La cuchillada en el ojo era innecesaria por completo. Cuando la recibió, la infeliz mujer estaba ya agonizando...

—Me han dicho que se llamaba Nancy Ascott. Ejercía la prostitución.

—Sí, eso ya lo suponía. Deambulando a estas horas por semejantes lugares... y con esas ropas, ese escote, ese maquillaje... Pobre mujer. Nunca se imaginaría que las cosas iban a terminar así para ella. ¿Han preguntado en el Dirty Dick?

—Claro, señor. No vieron nada. Sólo oyeron el grito de ella, cuando debió ser atacada. Pero nadie salió a averiguar nada. Ya sabe: la gente tiene miedo hoy en día. Sólo cuando se oyeron los silbatos de los agentes Rourke y Mac Curran, se decidieron algunos a salir. Para entonces, ya no se podía hacer nada.

—¿Vivía en esa casa? —señaló al fondo del patio que se vislumbraba al final del pasaje.

—Sí, señor. No tenía mala fama entre los vecinos. Era de las menos escandalosas y borrachas de la vecindad. Eso, en una chica de éstas, ya era algo. Pero andaba mal de dinero últimamente. No tenía mucho éxito, se ve. Y debía algunas mensualidades de su alquiler...

—Ya no tendrá problemas de esa índole, sargento —declaró el superintendente Greaves con amargo humorismo—. Está bien, pueden llevársela en la ambulancia. Aquí ya no podemos hacer gran cosa. El asesino pisó un borde del reguero de sangre, pero vea en ese charco de agua sucia... Metió ahí los pies, sin duda para lavar las suelas y no. dejar huellas. Muy frío y astuto para estar ciego de ira, como suponíamos. No, sargento. Empiezo a creer que ese criminal no tiene nada de apasionado. Obra con absoluta frialdad, sabiendo lo que hace y cómo lo hace...

Poco después, el cadáver de la infortunada Nancy Ascott, envuelto en una manta, fue conducido a una camilla y, desde ésta, al carruaje de caballos que anunciaba con su roja cruz su carácter sanitario.

Cuando la ambulancia se alejó, el superintendente echó a andar hacia el Dirty Dick, que ya había cerrado sus puertas, aunque una quedaba a medio abrir, a solicitud de la policía. Algo más lejos, al otro lado de Bishopsgate, las últimas luces de un teatrillo de vaudeville, el Liverpool Theatre, que sin duda tomaba su nombre de la inmediata estación ferroviaria de Liverpool, situada frente a Middlesex Street, se iban apagando ya, tras haber concluido la tardía representación de madrugada que tal teatro acostumbraba a ofrecer a sus noctámbulos espectadores.

—¿Y en el teatro? —Indagó el superintendente—. ¿Saben algo?

—Nada en absoluto. El crimen debió coincidir con la mitad de la representación, señor. Ni espectadores ni artistas oyeron nada. Además, es un musical, y eso produce siempre ruido. Suficiente para que nada de la calle llegue al interior.

—Ya lo imaginaba. Nadie ha visto ni oído nada. El asesino se disolvería en la niebla, como si formase parte de ella. ¡Al diablo con todo esto! Es como dar manotazos en la sombra. No se va a ningún lado. Entremos ahí, O'Hara. Al menos, mientras interrogamos a los dueños del Dirty Dick, tomaremos una pinta de cerveza para entonarnos.

—Una excelente idea, señor —aprobó con cierto entusiasmo el irlandés.

—Sé que no encontraremos nada de nada, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? — Sacudió la cabeza el superintendente—. Ah, supongo que en esta vecindad habrá varios mataderos, ¿no, sargento?

—Acostumbra a haberlos en abundancia en Whitechapel y en Spitalfields, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada. Fue esa herida de la muchacha, el corte en canal... Parece justamente la obra de alguien que sabe cortar... Un matarife, quizá.

—¿Y por qué no un cirujano, señor? —sugirió el sargento, respetuoso.

—Sí —el policía miró a su subordinado, arrugando el ceño, antes de entrar en el pub de Bishopsgate—. Un cirujano... ¿Por qué no? Vamos. Pensaremos en ello mientras hablamos con esta gente...

Entraron en el Dirty Dick. Afuera, en la calle, los demás policías de uniforme, iban y venían, con sus inconfundibles cascos altos y negros, moviendo las linternas en la niebla, en torno al lugar del suceso, en busca de cualquier sospechoso. En un barrio como el East End, donde a tales horas cualquiera podía ser sospechoso, eso era como buscar una aguja en un pajar. Y ellos lo sabían.

CAPITULO II
NIEBLA Y MIEDO

El Club Metropolitan era, como todos los clubs privados de Londres, un lugar para reunión de sus socios estrictamente. La entrada al local estaba rigurosamente prohibida a quien no fuese miembro del citado club.

Además, el Metropolitan era uno de los más selectos, y entre sus miembros se hallaban aristócratas, millonarios, magnates de la industria o el comercio, políticos y financieros. Su emplazamiento, en Barkeley Street, cerca de la plaza del mismo nombre, en el corazón de Mayfair, ya era un claro indicio de distinción y elegancia.

Clifford Landis, como miembro del mismo, pertenecía a esa élite selecta del mejor Londres, pero al verle, nadie hubiera dicho que el joven fuese un aristócrata millonario, apreciado y respetado en todas las altas esferas de la ciudad.

No vestía con la rígida severidad de otros jóvenes de su condición social, no era un estirado petimetre, e incluso cuando lucía su levita impecable, su macferlán excelentemente cortado, y su sombrero alto de reflejos, parecía llevarlo todo con una naturalidad rayana en la indiferencia. Nadie recordaba que hubiese utilizado jamás en sus tarjetas de visita ni en sus relaciones sociales sus títulos nobiliarios, que parecía ignorar, y su trato con todo el mundo era cordial y afable, aunque tampoco era un hombre que incitara a abusar de esa cordialidad y tono amistoso.

Su rostro juvenil, anguloso pero sin frialdad, viril sin excesiva rudeza, de ojos grises y profundos, que sabían mirar con suavidad o con fijeza penetrante, era adorado por la mayoría de jóvenes casaderas de la City... y por otras que, las casadas, anhelaban secretamente una aventura amorosa con un varón así, y soñaban con ello, dejando escapar suspiros que sus maridos jamás habían arrancado de sus labios.

Alto, elegante, de movimientos elásticos y de figura esbelta, resultaba el galán ideal para cualquier mujer. Además de rico y dueño de títulos nobiliarios, era solo en el mundo, sin familia, y escritor por afición. Sus crónicas sobre el Londres nocturno, el arte, el teatro, las variedades y la frivolidad, tenían cabida habitualmente, en periódicos serios como el Times, o en publicaciones gráficas de información general. Recientemente, el sensacionalista semanario de la llamada «prensa amarilla», el Mistery News, había publicado un artículo de él sobre la impunidad en que, habitualmente, quedaban los delincuentes del Londres nocturno, no se sabía si por ineficacia policial, por desidia del Ministerio del Interior, o simplemente por poca colaboración de los ciudadanos londinenses. El escrito había armado mucha polvareda, y hasta algunos políticos le llamaron para quejarse de su audacia.

Clifford Landis había hecho poco caso a todos ellos. Después de todo, él se limitaba a exponer una realidad en toda su crudeza, sin querer herir a nadie en

particular.

Y aquella noche, precisamente, ése era el tema de conversación en la sala del club, entre Clifford, su joven amigo, sir Edwin Balderston, y otros socios del local.

—Personalmente, creo que pecaste de temeridad en tu crónica, Cliff —comentaba sir Edwin con una media sonrisa—. El ministro del Interior está que trina, me consta.

—Peor para él —suspiró Clifford, encogiéndose de hombros—. Supongo que lo que sucedió anoche en Whitechapel, no habrá venido precisamente a ayudarle en sus quejas, ¿no es cierto?

Y señaló la primera plana del diario que alguien había dejado sobre la mesa, con sus escandalosos titulares:

PROSTITUTA MUERTA EN BISHOPSGATE.
HORRIBLE ASESINATO EN WHITECHAPEL.
LA POLICÍA BUSCA AL SÁDICO ASESINO.

—Es lo que le faltaba —suspiró otro socio—. Preveo una crisis de Gobierno, si las cosas siguen así.

—Lo cierto es que Cliff tiene razón en lo que escribió, y esto viene a confirmarlo — apoyó con entusiasmo un tercer miembro del Metropolitan.

—Agradezco que apoyen mi postura, amigos, pero lo cierto es que no hubiera querido tener razón a tan alto precio. Ese crimen resulta abominable, señores. Y no deberían repetirse hechos semejantes.

—¿Abominable? —Tronó la voz de otro socio, mezclándose en la conversación—. Yo diría que es lo que tal clase de mujeres se tiene merecido, caballeros.

Todos se volvieron al que había hablado. Una mezcla de disgusto y reproche asomó en los rostros de los presentes.

—Por favor, sir Josuah, no hable así —le reprochó sir Edwin con un gesto de indignación—. Es un ser humano, una mujer indefensa...

—¡Era una simple ramera, una profesional del vicio! —Replicó agriamente el aludido sir Josuah—. Personalmente, opino que quien extermina a tal clase de mujerzuelas, hace un gran bien a la sociedad. Son sólo basura, fuente de infecciones, nido de corrupción y de enfermedades incurables...

—Eso no será, en todo caso, culpa de ellas, sino de quienes con ellas se acuestan, sir Josuah —fue la dura respuesta de Clifford Landis—. ¿Por qué las odia tanto? ¿Acaso le contagiaron a usted algún mal venéreo? ¿O es que no le gustan las mujeres?

Una carcajada general acogió el áspero comentario del joven. Sir Josuah Harris enrojeció violentamente, miró a todos con gesto de ira, y se incorporó violentamente, clavando sus ojos en el que le reprendiera.

—Caballeros, no merece la pena responder a semejante bajeza —dijo, airado—. Es mejor dejarles aquí, compadeciendo a esas fulanas inmundas con

las que tan a gusto deben ustedes sentirse. Buenas noches. La compañía no me resulta nada grata.

Abandonó el salón entre otras risas más o menos disimuladas. Sir Edwin miró a su amigo con cierta aprensión.

—Le has atacado fuerte —rió—. Todo el mundo aquí sabe que sir Josuah es un misógino... o algo peor. Le simpatizan demasiado los jovencitos, ¿sabes? Pero nadie se ha atrevido nunca a insinuarle nada en ese sentido...

—Yo tampoco lo hubiera hecho, si él hubiese callado. No es justo alegrarse de que un ser humano, sea quien sea, muera de forma tan violenta y cruel, Edwin. No me arrepiento de haberle dicho todo eso, la verdad.

—Creo que, dado el cariz que toman las cosas en el club, vale más respirar un poco de aire fresco, aunque sea envuelto en niebla, y recorrer la ciudad un rato. Yo voy al Liverpool Theatre, Cliff. ¿Vienes conmigo?

—Eso está precisamente en Whitechapel, ¿no? —indagó Cliff, intrigado.

—Justamente frente al lugar donde mataron a esa pobre chica —asintió su amigo—. Por fortuna, anoche no acudí allí, como acostumbro a hacer. Hubiera sido muy desagradable encontrarse con ese suceso.

—Eh, ¿y puede saberse por qué vas a menudo a semejante teatrillo? —hubo un aire malicioso en el tono y en la mirada de Cliff a su amigo.

—Bueno, te lo diré por el camino —le guiñó un ojo sir Edwin—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Cliff, con un suspiro, consultando su reloj de bolsillo—. Pero es tarde ya...

—Ese teatro es el último que termina la representación en Londres. Nos sobra tiempo para tomar el carruaje y asistir a la última sesión del vaudeville.

Poco después, el carruaje rodaba a través de Londres, en dirección al East End, mientras ambos amigos charlaban sobre la cuestión jovialmente.

—Te seré sincero, Cliff —confesó sir Edwin, pensativo—. Me gusta una chica de ese teatro. Por eso voy tan frecuentemente allí.

—¿De veras? No me digas que ahora te enamoras de las artistas...

—Oh, no sé si es amor o simple capricho, pero la chica es bonita y me atrae. Ya la verás. Es una encantadora pelirroja muy atractiva. Canta regular, pero baila muy bien y tiene un gran tipo. Se llama Faith Winters.

—Muy bien —suspiró Cliff—, Veremos a tu Julieta, amigo Romeo.

—Oh, siempre estás de broma, Cliff. ¿No te tomas nada en serio?

—Sólo lo que es realmente serio —confesó Clifford Landis sonriendo—. Cuando más irritado o molesto estoy por algo es cuando acostumbro a ser más irónico.

—Ya —sir Edwin le miró, arrugando el ceño—. Sé a lo que te refieres. Se trata de..., de Glenda, ¿verdad?

—Sí —Cliff inclinó la cabeza—, Glenda... Aún no entiendo cómo puede suceder esto.

—Ella es menor de edad todavía, ¿no?

—Le falta poco para alcanzar la mayoría. Cumple veinte años este mes.

Sólo un año y puede enviar al diablo a su tío y tutor.

—Exacto. Pero falta ese año. Y lord Henry puede hacer a su antojo con su sobrina durante todo ese tiempo, tú lo sabes. La ley le ampara.

—¡La ley! —Repitió con sarcasmo el joven aristócrata—. Lord Henry no conoce más ley que la suya. Es un intransigente. Sólo sabe de intolerancias, puritanismo y rigidez moral. Es un perfecto Rhodes. Heredó todas las taras y defectos de la familia, pero ninguna virtud.

—Glenda, en cambio, es diferente. Abierta, mente clara, moderna de ideas, dispuesta a romper con las tradiciones familiares... —Sir Edwin sacudió su rubia cabeza, pensativo—

. Mi pobre amigo, has dado en hueso. Ella no puede tomar decisiones por su cuenta. Su persona, sus sentimientos, e incluso su fortuna personal, son cosa de lord Henry, mientras él viva y ella sea menor de edad legalmente. No podéis casaros. Ni siquiera ser novios.

—Lord Henry me considera un libertino, un hombre disoluto, inadecuado para su sobrina... —refunfuñó Cliff entre dientes—. Todo porque voy a teatros, frecuento la compañía de artistas, de mujeres de toda condición, y rompo los tabúes de nuestra bendita sociedad victoriana. Oh, Edwin, lord Henry está loco. Rematadamente loco. Tiene una mentalidad cerrada, sólo ve pecado y vicio en todo... No tiene derecho a romper nuestras relaciones, a prohibirle a Glenda que me vea siquiera...

—Pero lo ha hecho, Cliff, y eso es lo que cuenta. Sé que si ella insistiera en verte o en relacionarse contigo, sería capaz de enviarla al extranjero o internarla en un establecimiento religioso hasta su mayoría de edad. El reverendo Payne, que es tan puritano y rígido como él, le ayudaría de buen grado en todo, tú lo sabes.

—Oh, claro. Y el juez, y la policía, si lord Henry se empeña. Tiene todo a su favor: influencias, dinero, autoridad...

—Y la ley —repitió su amigo.

—Sí, claro... —Cliff permaneció silencioso unos momentos. Contempló la niebla y las farolas de gas que salpicaban de manchas luminosas la noche, a través de la ventanilla del carruaje, rodando hacia el East End. Sacudió la cabeza—. En fin, dejemos todos mis problemas, o te amargaré la noche. Háblame de ésa chica del vaudeville, Edwin...

* * *

Debía haberlo imaginado.

Edwin se quedó en el teatrillo al terminar la función. En el camerino de Faith Winter, para ser exactos. Clifford declinó cortésmente una poco entusiasta oferta de su amigo para que les acompañase a cenar algo a un club que no cerraba en toda la noche y que él conocía muy bien, y abandonó el teatro, lanzándose a la difícil búsqueda de un carruaje de alquiler, en aquella zona de la ciudad, y a semejantes horas.

La niebla se había espesado considerablemente a la una de la madrugada, y las luces de las farolas de gas apenas si eran simples halos distantes, perdidos en la masa grisácea y fría que lo envolvía todo, convirtiendo los edificios oscuros en sombras fantasmales.

Silbando una tonada entre dientes, Clifford Landis echó a andar por la húmeda acera, Bishopsgate abajo, hacia Cornhill. Sus pasos sonaban huecamente en la silenciosa noche.

El recuerdo de los sucesos recientes, llegó a su memoria. No se hablaba de otra cosa en todo Londres, después de todo. El atroz crimen del East End, la seguridad de que un peligroso criminal andaba suelto por aquellos parajes, amedrentaría sin duda a los noctámbulos, pensó Landis. Sobre todo, a las pobres rameras que buscaban su jornal en la dura pugna por las calles y callejuelas de aquellas barriadas.

Era difícil ver pasar algún carruaje que no estuviera ya ocupado, o que no fuese de propiedad privada. Quizá ni siquiera los cocheros de punto las tuvieran todas consigo para aventurarse por Whitechapel o Spitalfields en tales fechas, estando aún reciente el tremendo suceso de aquella vecindad.

No pudo evitar una ojeada hacia la pintoresca e inconfundible fachada del Dirty Dick, vislumbrando difícilmente en la bruma la boca sombría de los angostos callejones inmediatos, en uno de los cuales, la mano misteriosa del asesino diera fin a la vida de una prostituta llamada Nancy Ascott.

De repente, Landis creyó ver en aquella otra acera, precisamente, el paso lento de un coche de punto por alquilar. Rápido cruzó la calzada, sumergiéndose en la niebla, y buscando el vehículo en la zona de sombras inmediatas a las callejuelas de la zona.

—¡Eh, cochero! —llamó, alzando un brazo hacia el vehículo, prestamente.

—Lo siento, señor, no es de alquiler —respondió el otro, desde el pescante —. Voy a recoger a mi amo...

Se alejó en la niebla, dejando decepcionado a Clifford, que meneó la cabeza con aire de desaliento.

—Ya decía yo que era demasiada fortuna... —se quejó, mirando en vano hacia todos lados, tratando de ver a algún otro carruaje, cosa que no logró.

Siguió su marcha por esta acera ahora, sin inquietarle demasiado el hecho de que los callejones siniestros estuviesen tan próximos a él. No era hombre fácil de intimidar. Ni creía que pudiese acecharle peligro alguno.

Y, de súbito, captó el grito de mujer.

Fue un alarido largo, terrible, que expresaba terror, angustia, un sinfín de emociones diversas, a cual más desgarradora y lacerante para quien escuchara aquel sonido exacto de la voz humana.

Con sobresalto, Landis giró la cabeza hacia atrás, buscó con la mirada, a través de la bruma, el origen de aquel grito escalofriante. Sin vacilar un solo momento, se precipitó hacia el más cercano callejón, justo cuando notó un forcejeo en algún punto de la espesa bruma, una mujer gritó, algo más ahogada y sofocadamente, y sonó una sorda imprecación, el gruñido de un

hombre.

En el fondo gris humoso, se materializó en un instante la figura de un hombre con amplio abrigo o capa oscuro, que echó a correr, pasando cerca de Landis, mientras la mujer repetía sus gritos.

Rápido, Clifford se precipitó sobre el fugitivo, tratando de cortarle el paso, pero inmediatamente tuvo que echarse atrás, porque una mano enguantada surgió de la niebla, lanzando hacia su rostro un tajo con el centelleante filo de un arma blanca, de hoja larga y, sin duda, bastante afilada.

Tuvo el tiempo justo de retroceder y fintar el ataque, evitando el corte en el rostro, aunque no el patinar en el suelo húmedo y resbaladizo, cayendo de espaldas contra el quicio de la entrada al callejón.

Maldijo Landis entre dientes su mala fortuna, y se incorporó cuán rápido pudo. Para entonces, ya era tarde. El merodeador nocturno del cuchillo peligroso, se había perdido en la bruma. El sonido de sus pisadas se alejó, allá tras la cortina gris y viscosa.

Clifford Landis se encontró entonces contemplando, en la sombra del callejón, el pálido rostro asustado de una mujer evidentemente joven, aunque maquillada en exceso, con el cabello muy rubio y abundante, peinado de modo audaz en torno a su rostro picaresco. Un chillón traje rojo envolvía sus bien dotadas curvas, con el habitual mal gusto de tales mujeres.

Llevaba un bolso colgando de su brazo desnudo, sollozaba, con gesto de terror, y mostraba un largo corte, poco profundo, en ese brazo precisamente. Sangraba, aunque no demasiado.

—Ese monstruo... —jadeó—. A punto estuvo de asesinarme...

La contempló Landis con sorpresa, mientras en algún punto de la niebla sonaba ya el estridente silbato de un policía, y cundía la alarma en torno a ellos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Clifford, apresurándose a tomar el brazo de la desconocida y examinar a la escasa luz de un farola cercana la señal del corte.

—No mal del todo —suspiró ella, recuperándose del susto, con voz profunda y desgarrada, que, sin embargo, no sonaba desagradable—. Ese corte no es nada, caballero. Lo peor es lo que pudo hacerme... de no estar usted por aquí. Me soltó al oír sus pasos aproximándose...

—Entonces, tal vez me debe la vida —sonrió Landis de buen humor, mirando a la mujer pública pensativo.

—Usted lo dirá en broma, señor, pero eso es bien cierto —suspiró ella—. A usted le debo el seguir con vida, si ese tipo era el mismo que asesinó a mi compañera..., ya sabe, a la pobre Nancy Ascott...

—¿Pudo verle el rostro?

—Cielos, no. ¿Quién ve nada con esta niebla y esta maldita luz? —Se quejó la mujer—. Incluso usted, no sé si es guapo o feo, joven o viejo, aunque por su figura y su voz debe ser joven, quizá no mal parecido...

—¿Qué sucede aquí? —tronó una voz cercana. La luz de una lámpara

bailoteó en la niebla, iluminando la escena—. ¿Quién es usted, señor?

—Puede identificarme —dijo el joven aristócrata—. Soy Clifford Landis, de Mayfair. Oí gritos, y acudí. Esta joven había sido asaltada por un desconocido que hirió su brazo con un arma cortante. También a mí me atacó, agente, pero pudo escapar... y yo salvé mi pellejo también.

—Entiendo —el policía emergido de la bruma era alto y fornido. Estudió la documentación de Landis, y le saludó respetuoso. Luego miró ceñudo a la rubia—. Eh, tú, ¿quién eres? No te he visto nunca por aquí, que yo recuerde...

—Acostumbro a ir más por Spitalfields que por aquí, buen mozo —rió ella, insultante—. Pero el negocio anda mal por allí, y cambié de barrio, eso es todo. Estuve en una taberna cercana, La Espada y el Armiko. Puede preguntar allí. Ya me iba a casa, cuando ese tipo salió de la oscuridad, como un fantasma... ¿Es que no se puede ya vivir tranquila en estos tiempos?

—Elegiste mal sitio para cambiar de aires, preciosa —comentó ceñudo el policía—.

Esto está mal últimamente. Yo que tú, me volvería a Spitalfields.

—¡Vete al diablo! —se quejó ella amargamente—. ¿Es que una ciudadana no es libre de ir por donde quiere?

—Allá tú, entonces —el policeman se encogió de hombros, volviéndose ahora a Landis con aire deferente—. Señor, ¿usted tampoco pudo ver el rostro al agresor?

—No, en absoluto —se quejó Clifford, sacudiendo la cabeza—. Creo que para celebrar mejor el Jubileo Real, podrían haber puesto más farolas en Londres, agente... (*Téngase en cuenta que el Jubileo Real de la Reina Victoria, en el cincuenta aniversario de su reinado, tuvo lugar precisamente el año anterior a la acción de este relato, es decir en 1887*).

—Sin duda, señor —admitió el policeman, sonriendo—. Nuestra tarea se hace así mil veces más difícil y más inútil. Pero qué vamos a hacerle... Así son las cosas, y no vale de mucho criticarlas, a menos que se haga desde las páginas de un periódico responsable.

—Es lo que pienso hacer mañana mismo —prometió Landis, interesándose seguidamente por la rubia mujer pública—. Esa herida... creo que necesita cuidados, señorita. Será mejor que el agente la lleve a un centro médico...

—Sí, podemos ir al Albergue —dijo el policía—. Allí tienen asistencia médica, e incluso quirófano, y está aquí mismo, a sólo dos manzanas de distancia...

—No, gracias —rechazó ella—. No necesito médico alguno. Es un corte superficial. Yo misma me lo curaré en casa. Prefiero meterme ya entre mis cuatro paredes, a andar por ahí, aunque sea acompañada de un fornido polizonte, caballero. Vivo ahí mismo, en el fondo del callejón...

—Vaya. ¿Es vecina de la difunta Nancy Ascott? —se interesó Landis.

—Pues sí, creo que sí. Pero ya le dije que acabo de mudarme hoy. Hasta ayer, estuve viviendo y trabajando en Spitalfields, cerca del mercado.

—La acompañaré hasta la puerta, si no le importa —se ofreció Clifford—.

No me gustaría que luego me remordiese la conciencia si le ocurre algo ahí dentro...

—Oh, sí, gracias. Es usted muy amable, caballero —se mostró la rubia muy coqueta y complacida—. Vamos, buen mozo. Así el agente podrá dedicar todos sus esfuerzos a buscar a mi agresor, ¿no es cierto?

E hizo un mohín burlón al agente, colgándose del brazo de Clifford, y yendo con él hacia el patio de vecindad situado al fondo del angosto pasaje.

El policeman se rascó los cabellos, ceñudo, y se alejó, para reunirse con sus restantes compañeros, encargados de iniciar la búsqueda, posiblemente inútil, del escurridizo fugitivo del arma blanca.

Clifford y su rubia compañera, llegaron al fondo del pasaje, donde se hallaban las puertas y escaleras de las diversas viviendas allí ubicadas. Pese a un letrero alumbrado por una luz de gas, donde se pedía decencia y limpieza a los vecinos, había abundancia de basuras malolientes, junto a orines e incluso excrementos. La rubia hizo un gesto de disgusto y miró a Landis a través de sus pestañas postizas, una de las recientes modas de la cosmética.

—Qué infectos lugares tiene una que habitar... —se quejó—. No debió venir hasta mi puerta, caballeros. Esto no es para un hombre habituado al lujo de Mayfair.

—No se preocupe por mí —sonrió Clifford—. Estoy habituado a ver de todo, bueno y malo, alto y bajo. Usted no tiene culpa de todo esto.

—Si mi tugurio fuese un lugar decente, le invitaría a tomar una cerveza —dijo ella con un suspiro—. Tengo algunas en mi armario, pero...

—Tengo una sed realmente insoportable —dijo Landis, risueño—. Y las últimas tabernas han cerrado ya sus puertas. Conozco sitios abiertos, pero no hay un solo carruaje libre para llevarme. De modo que, si no le molesta... aceptaré la invitación.

—¿De veras? —ella pareció animarse—. Bueno, hasta podría ayudarme a curarme el brazo, pero usted no creo que esté a gusto en mi pobre vivienda...

—He dicho que acepto. Y espero estar a gusto, estando usted allí —la galantería de Clifford era exquisita y ella pareció emocionarse.

—Es un ángel —elogió, apretándole el brazo—. Vamos adentro... Mi nombre es Jill.

Jill Latimer.

—El mío, Clifford Landis, Jill. Espero que seamos buenos amigos... Y entraron juntos en la humilde casa arrendada por la rubia del vestido rojo.

Así era Clifford Landis. No se sentía extraño en ninguna parte. Ni siquiera en el corazón del East End, con una prostituta en casa de ésta, compartiendo una cerveza que, tal vez, sería el principio de algo mucho menos inocente.

CAPITULO III
SANGRE EN UNA MELENA RUBIA

Clifford Landis bostezó, al descorrer las cortinas de su dormitorio. Cerró sus ojos deslumbrado por la luz que entraba aquella mañana en la casa confortable de Berkeley Street.

—Uf... —se lamentó—. Demasiada luz para un hombre que ha dormido sólo cuatro horas escasas...

Y es que la luz del mediodía, pese al leve nublado, era fuerte ahora. Clifford se culpó a sí mismo por su frivolidad de la noche anterior. Cierto que a las siete de la mañana no había tenido problemas para tomar un carruaje de punto en Bishopsgate, pero hasta esa hora, la velada había transcurrido demasiado agitada para él, y ahora notaba la fatiga en todo su cuerpo.

La rubia Jill Latimer era una verdadera hembra de los pies a la cabeza. En su camastro de la humilde vivienda de Whitechapel había demostrado a su huésped que era una mujer capaz de complacer al hombre más exigente. Landis, volviendo la vista atrás, no recordaba tanta pasión, tanta lujuria como la que aquel cuerpo espléndido, enroscado al suyo en la oscuridad de la alcoba modesta y pequeña, había revelado en sus caricias, en sus entregas, en su ardiente contacto con el joven y arrogante invitado que compartiera con ella el lecho durante aquellas horas de la madrugada que siguieron al ataque del misterioso individuo, en Bishopsgate.

Y ahora, precisamente ahora, le habían anunciado la visita que menos podía desear en tales momentos, a pesar de que el día antes esa visita hubiera sido el más bello y radiante anuncio para él.

—Señor, la señorita Glenda Rhodes acaba de llegar y quiere verle lo antes posible — habían sido las palabras del ayuda de cámara, al irrumpir en su dormitorio.

Y ahora, con aquella luz en los ventanales... a ver a su visitante. A Glenda. A la muchacha que tenía que ser su prometida, y que por culpa de las decisiones autoritarias y rígidas de su tío y tutor, lord Henry Rhodes, aristócrata y médico-cirujano sin ejercer, ahora era algo inalcanzable para él. Su minoría de edad, era el mayor obstáculo para que ella pudiese disfrutar no sólo de su fortuna personal, sino también de su derecho a elegir al hombre que su corazón le señalara.

—¿Qué podrá querer ahora Glenda? —se preguntó Clifford, tratando de borrar de sus ojos el sueño y la fatiga, a base de agua fría en una jofaina, ya que no tenía ahora tiempo para bañarse, antes de recibir a su ex prometida—. Es raro que haya podido eludir la vigilancia de su tutor y de los criados de éste, para presentarse en mi casa a estas horas...

Cuando creyó estar algo presentable, se enjugó el rostro y el cabello mojados, anudó su bata, e indicó a su ayuda de cámara que permitiera entrar a Glenda en su gabinete inmediato, adonde él también se dirigió, procurando

soportar lo mejor posible la cruda claridad diurna en Berkeley Street.

Glenda entró en el gabinete. El nublado pero claro sol, hizo destellar el negro azabache de sus cabellos, el tono verdoso de sus ojos, que podían cambiar de tonalidad según la luz ambiental, en unos jaspeados maravillosos. Su piel de alabastro, destacaba en el escote, ligeramente audaz, pero a la moda, y que permitía apreciar la arrogancia firme de los juveniles pechos.

—Mi querida Glenda... —murmuró Clifford, deteniéndose frente a ella—. ¿A qué debo este inesperado placer?

Los ojos de ella le contemplaron, fijos y profundos. Oscuras y melancólicas ojeras rodeaban aquella mirada intensa y hermosa. Una tristeza infinita parecía apoderarse de la belleza joven y espiritual de su ex prometida.

—Oh, Cliff, cariño... —hubo un leve temblor en su voz suave, aterciopelada—. Si tío Henry sabe esto, es capaz de enviarme a un reformatorio o a un convento.

—Tu tío es un tirano, Glenda. Un individuo que abusa de sus derechos.

—No se adelanta nada con discutir de él —fue hasta Clifford y ambos jóvenes se tomaron de las manos, apretándolas con fuerza y mirándose limpiamente a los ojos—. Es el que tiene la fuerza. Su palabra es ley.

—Sí, lo sé —admitió Landis—. Mientras no cumplas los veintiuno, no hay posibilidad alguna, ¿no es cierto?

—Exacto. Si antes no decide él casarme con alguna otra persona...

—¿Casarte? ¿Con quién? —Se inquietó Cliff—. Eso sería monstruoso...

—Pero está en su derecho, recuérdalo. Es mi tutor, decide por mí... ¿Qué puedo hacer contra él? Además, sabes que es influyente, poderoso...

—También puedo serlo yo, Glenda.

—No, no quiero que te enfrentes a él. No luches inútilmente.

—¿Has venido a decirme esto? Creo que es algo que hablamos ya, antes de... de que tu tío nos obligara a romper el compromiso, querida.

—He venido a verte, Cliff. Simplemente eso. No podía dejar de hacerlo. Ellos creen que yo he renunciado ya a todo. Me vigilan menos, y puedo escabullirme de su control. Esta es una prueba de ello. Necesitaba verte, saber que aún puedo vivir, soñar, pensar en ti... Se aproximaron el uno al otro. Clifford besó sus labios. Inmediatamente se retiró recordando su noche anterior con la rubia de Whitechapel. No era justo besar ahora a Glenda. Era como..., como manchar su amor por ella con algo muy diferente. En el fondo lo de Jill era sólo atracción puramente sexual, deseos y poca cosa más. Lo de Glenda era diferente. Muy diferente.

—¿Qué te pasa? —se inquietó ella—. Pareces preocupado, fatigado, nervioso...

—Es cierto. Lo estoy, Glenda. Pienso en ti, en nosotros... A veces me pregunto si tu tío no pretenderá, después de todo, quedarse con tu dinero...

—¿Por qué había de hacerlo? —protestó ella vivamente—. El es rico...

—He oído rumores últimamente en la City, en Mayfair...

—¿Rumores? ¿A qué te refieres?

—La Bolsa y todo eso... Tu tío invirtió mucho en ella. Es posible que no todo hayan sido beneficios. ¿Y si su fortuna no es tanta como aseguran... y tus fondos han sido utilizados alegremente en inversiones erróneas, para cubrir anteriores fracasos bursátiles?

—Cliff... —le miró, con estupor y alarma—. Eso que dices es horrible. Significaría una... una estafa. Significaría una canallada por parte de tío Henry. No puedo creerlo.

—Si te hubieras casado conmigo, como resolvimos, hubiera tenido que rendir cuentas de tu fortuna. Así dispone de un tiempo por delante. Exactamente un año y un mes casi completo. En trece meses puede intentar recuperar lo perdido, confiar en una hábil jugada de Bolsa...

—No, Cliff... No puedo creer eso. En modo alguno. Tío Henry ha sido siempre caprichoso y tiránico. Pero no un malversador ni un rufián.

—Dios lo quiera, Glenda. Dentro de un año... puedes elegir por ti misma, liberarte de él, de sus influencias...

—Un año... —Glenda Rhodes suspiró, moviendo su cabeza de negros cabellos—. Dios mío, tan corto espacio de tiempo... y me parece tan largo...

Se quedó quieta, apretando las manos de Clifford Landis, la mirada perdida en Mayfair, a través de las altas vidrieras del gabinete. El la miró, acarició sus cabellos suave, lentamente, mientras ella reclinaba su cabeza en el pecho del joven, y murmuraba muy despacio, apagada su voz:

—Cliff... Al menos, piensa en mí. No me abandones. Eso me dará fuerzas para confiar, para tener fe...

—No sólo eso, Glenda. Haré cuanto me pidas —se ofreció él—. Todo lo que quieras, antes de que tu tío se salga con su maldita intención...

Pero interiormente, sabía que no iba a ser tan fácil luchar contra la autoridad de lord Henry. Glenda parecía ahora más lejana de él que nunca.

Y, sorprendido, se encontró pensando en Jill Latimer, la rubia complaciente de Bishopsgate... Un pensamiento que nunca, antes de ahora, le había asaltado cuando tuvo una aventura con una mujer de la calle.

Después de todo, Jill era vulgar, una más, como todas las dé su clase. ¿Qué había en ella que pudiera hacerle pensar, evocarla, sentir aquel extraño hormigueo, cuando las imágenes de la noche anterior, fundidos ambos en el lecho, en una unión de cuerpos ardientes y apasionada, volvieron inesperadamente a su memoria, aun estando al lado de Glenda, aun teniendo las manos de ella entre las suyas, y bajo sus dedos la suavidad lustrosa de los negros cabellos de su ex prometida.

Clifford no pudo dejar de sentirse preocupado. Muy preocupado.

Porque sabía que esa noche, ocurriera lo que ocurriese, él volvería a Whitechapel, en busca de una mujer rubia y vulgar. En busca de una prostituta llamada Jill Latimer...

* * *

El carruaje se detuvo en una de las esquinas de Bishopsgate, no lejos del teatro Liverpool, todavía iluminado y en plena representación. Algo más allá, al lado de la acera donde se alzaba la pub Dirty Dick, vislumbró las luces color caramelo, tras las vidrieras empañadas de The Sword and The Ermine, la taberna que citara Jill Latimer la noche anterior.

—Vaya... La Espada y el Armiño... —contempló la taberna de curioso nombre, en cuyo reclamo se veían, ciertamente, una espada medieval, cruzada ante una capa real de armiño, aunque sólo Dios sabía qué relación podía tener todo eso con un local donde se expendían bebidas a la gentuza menos recomendable de la zona. Cierto que los ingleses habían tenido, desde tiempo inmemorial, una gran imaginación para bautizar los figones, cantinas y fondas con los nombres más inverosímiles. ¿Estará allí Jill Latimer aún?

Era pronto. Valía la pena, por tanto, asomarse por el local. Era muy posible que hallase a su rubia amiguita sentada en las piernas de algún cliente, o besuqueándose con cualquiera, pero ése era el riesgo de haberse fijado, precisamente, en una profesional del amor. Clifford Landis no podía culpar a nadie de las consecuencias de su visita a la taberna, y sí únicamente a sí mismo. Aun así, llegó a la taberna y se asomó a ella. Un vaho de humo de tabaco, olor a cerveza agria y a ginebra barata, hirió su olfato casi provocándole repugnancia, pese a que él no se consideraba en absoluto un típico caballerete del elegante y distinguido West End londinense. Vislumbró muy borrosamente, entre las mujerzuelas y hombres del local, el largo mostrador al fondo, las estanterías de botellas y el espejo con el anuncio de una famosa marca de bebidas alcohólicas.

Muchos rostros pintarrajeados le miraron. Otros eran facciones hoscas, de marinos o cargadores, en busca de fácil conquista, y tampoco le contemplaron con buen gesto. Alguien comentó, al ver su apariencia elegante y distinguida:

—¡Vaya, un caballero de cuerpo entero, dignándose asomar a este local! ¡Eh, Jimmy!, ¿qué te parece eso? ¡Qué gran honor para tu negocio!

Y una serie de risotadas coreó el comentario, mientras el cantinero, el tal Jimmy, fruncía el ceño, mirando a la puerta y replicando con acritud:

—No me gustan los desconocidos demasiado elegantes, amigos... Uno de esos tipos de los barrios distinguidos debió liquidar a la pobre Nancy. Son los que acostumbran a hacer esas cosas...

El comentario del tabernero no era tranquilizador para él. Después de todo, algunos periódicos describían al posible asesino como «un hombre bien vestido, con aire de caballero elegante, que había sido visto por algunos testigos, alejándose del lugar donde asesinaron a Nancy Ascott.

Clifford cerró la puerta, regresando a la noche neblinosa y fría, pese a que no le hubiera ido mal un buen trago de cerveza. Ya había advertido, tras la rápida ojeada, que la rubia Jill no estaba entre la clientela del local.

Cruzó la calle, encaminándose al oscuro pasaje donde ella se alojaba. Apenas si veía en la bruma otra cosa que sus charolados zapatos pisando el asfalto negro, mojado, resbaladizo y sucio. Como de costumbre, ni un solo

carruaje cruzaba la zona, pero esta vez había tomado sus precauciones. El coche que le llevara hasta el East End, le esperaría toda la noche, si era preciso, cerca de Leadenhall. Había allí una cochera, no muy alejada de una taberna de mala nota. El cochero tendría, pues, en qué matar la espera, por larga que ésta fuese...

De repente, los silbatos policiales atronaron el aire, pareciendo llegar de todas partes, en torno suyo. El corazón le dio un vuelco. En alguna parte sonó un grito agudo, pero era la voz de un varón, no de una mujer.

Pese a todo, Clifford paró en seco, nada tranquilo. Algo estaba sucediendo, una vez más, en el barrio más conflictivo de Londres. Whitechapel volvía a ser, una vez más en aquel frío y desapacible otoño de 1888, escenario de un posible drama.

Varias figuras oscuras, con los inconfundibles cascos altos, de los policemen londinenses, pasaron ante él, como sombras recortándose en el gris luminiscente de la niebla.

Detuvo a uno de ellos, extendiendo el brazo, justo cuando detrás de él, otro policía le estaba advirtiendo ya con voz seca:

—Por favor, señor, quédese quieto. Identifíquese, se lo ruego, y venga con nosotros.

Es simple rutina, pero será mejor que obedezca...

—Claro, agente —asintió Clifford, notando aquel helado desasosiego dentro de él—.

Precisamente iba a preguntarles yo ahora. ¿Qué es lo que sucede?

—Nada bueno, señor. Sus documentos, ¿me permite? —insistió, cortés pero firme, la voz del policía.

Varias luces, procedentes de lámparas empuñadas por los agentes, enfocaron a Clifford y sus documentos sin contemplaciones. Hasta tres hombres de uniforme, le rodeaban, ominosos, expectantes. Después de todo, para ellos era un sospechoso. Pero sospechoso, ¿de qué?

—Vean mi nombre y domicilio —dijo—. Soy familia de los Landis y de sir Anthony Landis, pero supongo que eso no significa nada para ustedes...

—Por el momento es suficiente, señor —dijo una voz, más firme y segura que las de los otros agentes, Un rostro de típico irlandés, de rojos cabellos, apareció ante Landis, emergiendo de la niebla. Le saludó, cortés—. Soy el sargento Patrick O'Hara, de Scotland Yard, señor. Acabamos de hallar otra víctima...

—¿Qué? —Clifford se quedó sin aliento.

—Otra víctima del mismo criminal, sin duda. De nuevo abierta en canal, degollada, con ensañamiento en el rostro, a cuchilladas... Algo espantoso, créame. Aquí cerca ha sido. Un cargador de los muelles encontró su cadáver al intentar entrar en el callejón...

—¿Y... quién..., quién ha sido la víctima esta vez? —preguntó Landis, demudado.

—Aún no lo sabemos. El superintendente Greaves lleva personalmente el

caso, y estaba aquí hoy, de vigilancia, cuando ello sucedió. Vamos, si desea ver lo ocurrido, el superintendente le hará de paso algunas preguntas. Comprenda que es necesario. Todo el mundo, que no sea de este barrio, debe justificar más aún que nadie, los motivos de su presencia aquí a tales horas. Espero que no se ofenda...

—No, sargento, claro que no, —negó Clifford—. Lo importante es su trabajo. Ojalá todas esas prevenciones conduzcan a un éxito seguro. Vamos allá...

Caminó con él. Esta vez no era en el mismo callejón donde muriese Nancy y donde vivía Jill, pero lo cierto es que se parecía tanto, que ambos hubieran podido ser confundidos por una persona con menos sentido de la orientación que Clifford Landis.

El joven aristócrata y escritor descubrió más luces bailoteando en la entrada al pasaje, un número considerable de curiosos agrupados cerca de allí, cuchicheando entre sí, y hasta media docena de policías deambulando por los alrededores. Desgraciadamente, demasiado tarde para la pobre víctima.

—Señor, este caballero se ha prestado de buen grado a ser interrogado —informó el sargento, a un hombre vestido con traje oscuro y abrigo a cuadros también oscuros, que paseaba nerviosamente en torno a un bulto tapado con una tela—. Procede de Mayfair...

—Mayfair, ¿eh? —rezongó el superintendente Greaves volviéndose sorprendido hacia él—. ¿Qué hace tan lejos de su zona habitual, señor...?

—Landis. Clifford Landis —se apresuró a presentarse al joven—. ¿Sabe quién, ha sido la víctima, señor?

—No, aún no —le miró fríamente, con ojos suspicaces—. ¿Por qué le preocupa tanto la identidad de la mujer?

—Pues... no sé —Clifford apretó los labios—. Tengo algunas amistades aquí. No me gustaría que ninguna de las chicas que conozco fuese...

Miró significativamente el cuerpo tendido en el empedrado húmedo. Greaves enarcó las cejas, estudiando pensativo al joven.

—No sabía que un caballero que escribe de modo tan cáustico, tuviera amistades poco recomendables en Whitechapel —comentó con sarcasmo.

—Por favor, superintendente, soy muy liberal y comprensivo en mi trato con los demás —suspiró Clifford, algo seco—. No por ello me siento menos respetable, créame.

—Estamos de acuerdo —se inclinó hacia el cadáver—. ¿Quiere verlo?

—Sí, por favor —pidió Landis, tenso.

La tela oscura fue apartada lentamente por Greaves Clifford notó un sobresalto violento. Un sudor frío humedeció las palmas de sus manos y empapó su frente.

Descubrió un cabello rubio, muy rubio y abundante, Un vestido rojo, un descote profundo y agresivo, unos pechos generosos, bañados en sangre, un rostro terrible mente señalado por un arma blanca. La sangre llegaba a mojar mechones de su dorada melena.

—Dios mío... —susurró, con un escalofrío.

—¿La conoce? —indagó Greaves, rápido, clavando en él su mirada penetrante.

Lentamente, Landis negó con la cabeza. Acababa de descubrir la nariz larga de la víctima, una peca sobre su barbilla, unos senos demasiado grandes y fofos para ser los de Jill.

—No —dijo—. Por fortuna, no es la que parecía... Pero se asemeja bastante, a primera vista,

—Bah. Todas ellas se parecen. Iguales afeites, pelo muy vivo de color, sea del que fuere, vestidos llamativos... —suspiró, bajando más la tela—. Vea esto, señor Landis.

Clifford notó un espasmo en su estómago. Nunca esperó que la muerte tuviera tan mal aspecto. Pero lo tenía. Podía ser horrible, nauseabunda. Como en este caso.

A la pobre mujer, de bastantes más años que Jill Latimer sin duda, la habían desventrado brutalmente. Se veía su hígado, sus intestinos, su cuerpo todo. Era un tajo vertical espantoso. Como el de un matarife...

—Dios mío —desvió la mirada, sabiendo que estaba pálido ahora—. Pobre mujer...

—Sí, pobrecilla. Muchas de estas infelices me crean problemas. Otras, me ayudan con sus confidencias. Todas ellas me dan lástima. En casos como éste, resultan patéticas... El monstruo que hizo esto, no tiene perdón Es un demente, un maníaco obsesionado por algo...

—Hubo violación, tal vez? —indagó Clifford.

—Oh, no, no, nada de eso —cubrió de nuevo piadosamente el sangrante cadáver—. No la tocaron en ese sentido. Aunque tenga una motivación sexual, no es en ese modo como se mueve nuestro asesino, señor Landis... Resumamos, ¿quién creía usted que era ella?

—Otra chica, simplemente —él se encogió de hombros—. ¿Para qué mencionarla, si nada tiene que ver en el asunto?

—Eso es cierto, Pero pudo ser ella. La próxima vez podría serlo...

—Quizá ya pudo haberlo sido anoche. La atacaron.

—Oh, ahora recuerdo —Greaves se dio una palmada en la frente—. Tengo el informe en mi mesa de trabajo Jill Latimer... El agente Medford me informó de ello . Y usted... ¿Eh?

¿Qué ocurre ahí? ¡Sargento! ¿Qué es lo que sucede?

—Nada, señor —respondió la voz del irlandés—. Parece que todo Mayfair se dio cita aquí esta noche. Sólo que este caballero es más irascible y violento que el anterior...

Clifford Landis, sorprendido, se volvió hacia donde tenía lugar el incidente. El superintendente Greaves se apresuró a avanzar hasta sus hombres y el hombre que traían detenido. Landis le siguió, puesto que nadie se lo prohibía.

—¡Vaya! —exclamó el joven, con burlona perplejidad, cuando la espesa

niebla y la difusa luz le permitieron identificar al hombre qué protestaba airadamente, enfrentándose a todos los policemen y agitando un bastón de negra caña y empuñadura de plata maciza—. De modo que usted por aquí, ¿eh, sir Josuah...?

Sir Josuah Harris se quedó repentinamente quieto, mirando con más disgusto aún al hombre que le interpelaba. Ni siquiera ofreció ya más resistencia a los agentes. Sus ojos despidieron llamas.

—¡Clifford Landis! —le señaló con el bastón, acusador—. ¡El debe ser el asesino, no hay duda! ¡Nunca me gustó este petimetre impertinente y agresivo! ¡Es un libertino, un mujeriego indigno, que siempre anda tras unas faldas!

—Pero yo, sir Josuah, admiro y amo a las mujeres. Usted las odia —silabeó Clifford, grave el tono—. ¿A qué viene a Whitechapel, entonces? ¿En busca, de las mismas mujerzuelas que dice aborrecer, a la caza de homosexuales... o para asesinar a las damas que tanto detesta?

—¡Landis, le haré responder de esas palabras! ¡Presentaré una demanda por difamación! —Aulló el irascible sir Josuah, gritando tan airadamente como lo hiciera el día anterior en el club Metropolitan de Mayfair—. ¡Juro que le haré pedazos por insultarme tan vilmente, ustedes todos son testigos!

—Serénese, caballero, y limítese a responder a mis preguntas —cortó ásperamente el superintendente Greaves—. Estamos aquí para resolver un crimen, quizá dos. No para asistir a disputas absurdas. ¿Su nombre completo?

—Sir Josuah Harris —dijo con gran dignidad el caballero del bastón, irguiéndose—.

¿No es suficiente eso? Si me hace arrestar, puedo conseguir que eso le cueste el cargo, señor.

—¿Quién ha hablado aquí de arrestar a nadie? Todo el mundo es libre de ir donde le plazca, pero en esta vecindad acaban de asesinar a una mujer, y mi obligación es detener e interrogar a toda persona posiblemente implicada en el caso. Del mismo modo, el señor Landis ha venido aquí, prestándose voluntariamente a cooperar,

—¡Yo no tengo por qué hacerlo! ¡Mezclarme en un asunto así es un puro insulto, señor mío, y tendrá que responder de ello cuando yo informe a quien debo!

—Me tiene sin cuidado lo que haga, sir Josuah —cortó fríamente Greaves —. Antes de permitirle volver a su domicilio, dígame a lo que vino a este lugar, se lo ruego.

—¿Y si me negara a responder?

—Entonces sí tendría que arrestarle bajo una acusación muy simple: obstrucción al desempeño de las investigaciones policiales. Elija usted, sir Josuah.

—Esto es inicuo, indignante... —siguió protestando con la ira aristócrata —. Yo, metido en un asunto de esta ralea... ¡Relacionarme con... con rameras!

—¿Cómo sabe que es una ramera la que ha muerto? —preguntó, rápido,

Greaves.

—Bueno, yo... yo lo imagino. Siempre matan a mujerzuelas así —balbuceó sir Josuah, bastante menos seguro de sí.

—Pues tuvo razón, en tal caso —el superintendente le miraba receloso—. Era una ramera, pero era también un ser humano. Su asesino iría a la horca lo mismo que el de una aristócrata, si llegáramos a darle caza. De una vez por todas: ¿qué hacía usted aquí?

—Vengo..., vengo a veces —dijo el aristócrata, enrojeciendo. Y habló en voz baja, junto al oído del superintendente—. Tengo amigos... Jóvenes amigos que me esperan...

—Entiendo —Greaves le miró con desprecio—. Me dará luego el nombre de dos o tres de ellos, cuando menos. Debo interrogarles mañana. ¿De acuerdo, sir Josuah?

—Sí, de acuerdo —se puso de nuevo rígido, tratando de mostrar altivez—. ¿Puedo marcharme ya?

—Sí, váyase —suspiró el policía—. Buenas noches, sir Josuah. Pero posiblemente le llame a Scotland Yard a hacerle algunas preguntas. Procuraré ser discreto.

—Es muy amable...

—Procuro serlo con todos los sospechosos, señor —manifestó secamente Greaves—. Hasta que uno de ellos resulta ser culpable. Entonces, me olvido de toda mi amabilidad, puede creerme. Adiós, sir Josuah.

El aristócrata de Mayfair emprendió la marcha, dignamente. Clifford Landis no pudo evitar una suave risita de ironía.

—Buenas noches, sir Josuah —se despidió, sarcástico—, Mis saludos a sus «amigos»... Ahora veo claro por qué detesta tanto a las mujeres...

—¡Debería matarle, cretino! —aulló sir Josuah Harris, repentinamente enfurecido de nuevo.

Y para sorpresa de todos, tiró de su bastón para pegarle a Clifford con él. Con tan mala fortuna, que el bastón se enganchó en un saliente de hierro de la entrada del callejón... y la negra caña se desprendió, dejando ver lo que contenía.

Las luces de gas se reflejaron en una delgada y afiladísima hoja de acero, que apuntó, amenazadora, hacia el cuerpo de Clifford Landis. Pero el propio sir Josuah se quedó tan sobrecogido, que no siguió su acción.

Rápidamente, los policías se echaron sobre él, arrancándole de las manos el peligroso estoque, sin que sir Josuah hiciera resistencia alguna. Landis le contempló, asombrado, y la voz de Greaves habló duramente ahora:

—Esto cambia las cosas, señor. ¿Por qué no dijo que llevaba encima un arma blanca de esas características?

—Acostumbro..., acostumbro a llevarla conmigo por la noche... por si algo sucede.

Hay tantos merodeadores por ahí, señor... —habló el aristócrata, demudado.

—Quizá sea así, pero eso es suficiente motivo para que no le permita ir a ninguna parte. Aquí se ha cometido un crimen con arma blanca, y su estoque tendrá que ser examinado minuciosamente al microscopio. Lo siento, sir Josuah, pero vendrá conmigo a Scotland Yard ahora mismo...

Abatido, el interpelado ni siquiera tuvo fuerzas esta vez para protestar. Pero su mirada de odio hacia Landis fue muy expresiva, cuando éste se alejó, tras una última mirada al estoque centelleante, que el sargento O'Hara sostenía en sus manos, sin tocar la hoja de acero.

—Si me necesita para algo, superintendente, tiene aquí mi dirección —puso en la mano de Greaves una tarjeta de visita—. No dude en recurrir a mí para lo que sea.

—Gracias. Lo haré, si lo juzgo necesario no lo dude. Buenas noches, señor Landis.

El echó a andar hacia la neblina pastosa y fría, más allá de donde las luces de los policías formaban un cerco de puntos luminosos, destacando en la bruma. Los curiosos se habían dispersado ya, sin duda de regreso a sus domicilios, alarmados por el suceso. Clifford echó a andar por Bishopsgate, nuevamente, pensando si regresaría ya adonde dejara el carruaje, para volver a su domicilio. El macabro hallazgo del callejón, había echado a perder la noche.

Pasó junto al pasaje donde muriese Nancy Ascott. Vaciló. Luego pasó de largo. Y justo entonces, la voz susurró a sus espaldas:

—Cliff... Querido...

Se paró en seco. Conocía esa voz, entre desgarrada y melosa. Volvióse lentamente.

Ella emergió de la niebla. Pálida como un fantasma, pese a su excesivo maquillaje. La frente desaparecía bajo su dorada y crespa melena, complicadamente peinada.

—Tú... —musitó—. ¿Qué haces aquí ahora? Han matado a otra...

—Lo sé —asintió roncamente, con las mangas estremecidas sobre su regazo—. No se habla de otra cosa, Cliff... Tengo miedo. Mucho miedo... Dicen que era rubia, que vestía de rojo...

—Sí, es cierto. Pero era mayor que tú...

—Alguien dijo antes en la calle que quizá sea Bárbara Raines. Responde a esa descripción, pobre mujer... y nadie ha vuelto a verla... —sus ojos le miraron a través de las espesas pestañas—. Quizá iban por mí... Pero hoy me puse el vestido verde...

Era cierto. Raso brillante, pegado a sus formas turgentes y apetecibles. De un verde esmeralda oscuro. Los senos temblaban allá, en su descote, invitadores.

—Jill, es mejor que vuelvas a tu casa. Acuéstate, no Salgas... —buscó dinero en su bolsillo, le tendió unos billetes—. Toma, si lo necesitas. Pero no salgas esta noche.

—Me ofendes —se quejó ella amargamente, dando un paso atrás—. Tú,

no. No quiero tu dinero, recuerda. Lo ensuciaría todo... Cliff, me voy a casa, sí. Pero no me gustaría ir sola...

Vaciló. Cliff guardó con rabia el dinero. Hubiera querido ser capaz de decir rotundamente no. Recordó a Glenda, lo que ella significaba para él... Tal vez eso le diera fuerzas para negarse, para apartarse de Jill Latimer, la chica de las noches del East End.

No tuvo esas fuerzas. Se quedó allí. Luego, cuando lentamente empezó Jill a caminar, callejón adentro... él la siguió.

No podía ser de otro modo.

CAPITULO IV
EL AMOR Y EL DESEO

El día ya no era tan luminoso como el anterior. Había nubes sobre Mayfair. Y una tenue llovizna insistente, charolando las calles del lujoso barrio londinense, Clifford Landis salió de su casa de Berkeley Street a media tarde, encaminándose al club Metropolitan.

Al menos ahora había logrado descansar hasta tarde. Ni siquiera había almorzado. Tomaría cualquier cosa en el club. Adquirió el diario, y tomó el carruaje, dirigiéndose al Metropolitan.

Echó una ojeada a los titulares de la prensa matinal, Jill Latimer había tenido razón.

La policía sabía ya quién era la segunda víctima del asesino sanguinario:

«Bárbara Raines, una ramera de Whitechapel asesinada por el sádico del East End. Es la segunda en pocos días. ¿Quién puede ser «el Degollador» de Londres? ¿Hasta cuándo va a reinar el terror en la ciudad?»

La policía seguía siendo objeto de agresivos comentarios. Los reporteros pedían rápida acción policial. El superintendente Greaves, oficialmente encargado del caso, se limitaba a informar que un sospechoso había sido sometido a interrogatorio, y un arma blanca obraba en poder de la policía, pero que no podía darse a la publicidad ningún detalle más del asunto.

Landis arrugó el ceño, dejando de leer el periódico. Su mirada vagó por Piccadilly Street mientras rodaba el carruaje bajo la llovizna.

—¿Será realmente sir Josuah Harris el culpable? —Se preguntó en voz alta —. Las evidencias le señalan, pero...

Se encogió de hombros. Era difícil imaginarse a sir Josuah procediendo a abrir en canal a una ramera, pero dado su carácter y su especial aversión a las mujeres, todo era posible en una mente enfermiza.

Recordó de nuevo a Jill, y tuvo miedo por ella. Era una extraña aventura aquella. Jill podía ser la mujer más degenerada de Whitechapel, pero a él se le entregaba en cuerpo y alma, sin recibir un solo chelín a cambio. Incluso mostraba su orgullo herido, su aire ofendido, cuando él intentaba ayudarla en su triste vida dentro de aquel cuartucho indigno.

—No, Cliff —decía siempre—. Eso no. Lo echaría todo a perder, haría sucio lo que es tan hermoso...

Extraña, enigmática y desconcertante criatura la hermosa y apasionada Jill, de cuyo cuerpo, de cuyos más recónditos rincones, guardaba el más grato de los recuerdos. No quería que la aventura fuese demasiado lejos, que Jill pudiera llegar a desbancar en su mente y en sus sentimientos a Glenda Rhodes, su prometida.

Sin embargo...

El carruaje se detuvo ante el Metropolitan cuando la lluvia parecía disminuir considerablemente, aunque la tarde seguía siendo gris y triste.

Cruzaba ya la acera, para entrar en el club, cuando la voz le detuvo:

—Te esperaba, Cliff. He tenido sólo un momento... y quería verte.

Sorprendido, se volvió. Ella le miraba con gesto preocupado, ensombrecidos sus bellos ojos de color cambiante. Hermosa como siempre. Distinta a todas las demás mujeres de su vida.

—¡Glenda! —miró en torno, inquieto—. ¿No te vigilan?

—Burlé a Stanford, el secretario de tío Henry —dijo ella, aproximándose rápida a él, desde el portal donde aguardaba—. Pero tengo que ir a ver al doctor Halsey, mi médico de cabecera. Si falto a la cita convenida, tío Henry se enterará. Es a las cinco y media en punto...

Clifford miró su reloj de, bolsillo.

—Son ya las cinco —avisó—. Llegarás tarde, si te entretienes.

—No, no llegaré tarde —le miró con extrañeza—. ¿Qué te pasa, Cliff?

—¿Pasarme? ¿A mí? —se encogió de hombros, sonriente—. Nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Ayer estabas agotado, como si no hubieras descansado.

—La verdad es que Edwin me llevó a un teatro de vaudeville y terminó muy tarde. Luego él se quedó con una chica amiga suya, y yo no encontré carruaje. Todo se complicó. Pero eso era ayer.

—Estabas también como ausente.

—Tonterías. Era la falta de descanso.

—También lo estás hoy. Y hasta parece que... te molesta mi presencia.

—¿Molestarme? —Cliff notó un leve estremecimiento. Se preguntó si era posible que Jill, la vulgar Jill del East End pudiese... Apartó la idea de su mente, oprimió las manos de Glenda con calor, y añadió, impulsivo—: Eso es una locura, Glenda. Estoy deseando verte cada día. Pero estos encuentros son peligrosos para ti... y para mí. ¿Qué haría yo sin verte frecuentemente, cariño?

—Antes lo hubiera creído sin la menor sombra de duda. Hoy...

—Glenda, ¿por qué piensas esas cosas? —la reprochó él—. No hay ninguna otra mujer en mi vida, si te refieres a eso. Ningún otro amor, te lo juro.

—Amor..., tal vez no —los ojos inquietos de ella se clavaron en él—. Pero ¿y otra cosa, Cliff?

—¿Otra cosa? —Parpadeó Landis—. ¿A qué te refieres?

—No sólo hay amor a veces, entre hombre y mujer. Existen otros sentimientos: pasión, deseo, placer carnal... ¿Lo entiendes, Cliff?

—Sí, claro. Nunca fui un santo, y tú lo sabes. Pero de eso a...

—Te lo ruego, Cliff. Ten cuidado. No dejes que una simple pasión, una pura atracción física, un deseo carnal... apague el amor en ti. Por favor, querido, lo nuestro debe ser lo más fuerte... haya quien haya por medio.

—Glenda, yo...

—Basta, Cliff —ella puso sus dedos suave, pero firmemente sobre sus labios—. No sigas. Es mejor que lo pienses a fondo. Y que me des una respuesta... Otro día.

—¿Por qué otro día? —hubo desasosiego en Cliff.

—Porque es mejor así. Cuando estés seguro de todo. Seguro de ti mismo, incluso. Y de tus sentimientos... Por favor, no discutamos más de eso. ¿Puedes llevarme al médico en tu carruaje? Hablaremos de otras cosas... de lo nuestro. De lo que puede ser el futuro...

—Claro, Glenda —la oprimió contra sí, con calor—. Vamos.

Subieron al coche, y Landis dio las señas del doctor Halsey, uno de los más prestigiosos médicos de Mayfair.

Poco después, llegaban a la consulta, y la doncella les informaba de que el doctor Halsey había tenido que salir para una visita urgente, pero que su esposa, la doctora Yvette Halsey, atendería a la paciente, señorita Rhodes, que tenía hora de visita fijada de antemano.

Poco después, la joven y atractiva doctora Halsey salía al gabinete, para introducir a Glenda en el consultorio. Se quedó mirando a Clifford con una sonrisa, y habló, tendiéndole la mano, antes de que él se presentara:

—Señor Landis, ¿verdad? Me han hablado de usted... y de lo que sucede con la señorita Rhodes. Pase, por favor. Me gustaría hablar con los dos, antes de ocuparme profesionalmente de la señorita Rhodes...

Clifford siguió a la joven doctora, sorprendido. Ella, tras alisarse sus cabellos castaños, suavemente rojizos al ser heridos por la luz del día que penetraba débilmente en el atardecer, contempló a ambos jóvenes, ya en su mesa de trabajo, con un destello de astucia en sus pupilas color gris pizarra.

—¿Han decidido algo para vencer la oposición de lord Henry? —preguntó, dirigiéndose particularmente a Clifford.

—Pues... no —sonrió él—. Me temo que no sea nada sencillo, doctora. ¿Por qué lo pregunta? Es un mal que no hay médico capaz de curarlo...

—Me duele que a Glenda le ocurra esto. Es nuestra paciente desde hace ya tiempo, y mi marido la trataba ya cuando era niña, igual que a su tío y a toda la familia. Glenda merece ser feliz. Pero tal vez sea ella la primera en equivocarse en la forma de tratar este asunto.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió ahora la muchacha, pestañeando intrigada.

—Es muy fácil. Su educación, Glenda, influye mucho en su comportamiento y condiciona sus reacciones anímicas. Los Rhodes fueron siempre una familia puritana, rígida e intolerante, sobre todo con los pecados de la carne, ¿no es cierto?

—Sí, muy cierto —suspiró Glenda, como preguntándose adonde iría a parar la joven doctora Halsey.

—Pues bien, amiga mía: ése va a ser precisamente mi consejo. Como persona, como amiga y hasta como médico. No haga caso de esas inhibiciones. No siga las normas de la hipocresía de los Rhodes ni de la mayor parte de nuestra moralizante y reprimida época. Si quiere ser mujer, si quiere burlar la vigilancia implacable de su tío, lord Henry, y salirse con la suya..., entréguese a quien ama.

—¿Qué? —los ojos de Glenda se dilataron, como si no pudiera dar crédito a las palabras de la joven esposa del doctor Halsey, y sacudió la cabeza con perplejidad y escándalo, mientras un leve tinte de rubor asomaba a sus mejillas—. ¡Pero doctora Halsey..,!

—Sé que se escandaliza y asombra —sonrió suavemente su interlocutora, echándose atrás en el asiento—. Y, sin embargo, le estoy diciendo la pura verdad, algo sano y práctico, que no sólo romperá los planes de su tío, sino que la hará infinitamente más liberada y segura de sí.

—Me está usted sugiriendo que..., que...

—¿Que se acueste con su prometido? —La doctora soltó una suave carcajada—. Sí, amiga mía. Eso es, justamente, lo que le estoy recetando como la mejor medicina para usted y para su futuro. ¿Escandalizada acaso?

—Pues... debería estarlo, pero... pero creo que, en el fondo, ha puesto el dedo en la llaga, doctora.

—Exacto, mi querida amiga —se inclinó hacia ella con una dulce sonrisa en su rostro inteligente y vivaz—. Mire, Glenda: tanto mi esposo como yo, gustamos de practicar una medicina diferente a la habitual y rutinaria de todos nuestros colegas. Mi esposo más bien se inclina por las formas de meditación, los fármacos, que él mismo realiza, y que le dan excelentes resultados. Yo, por el contrario, recurro más al procedimiento puramente psicológico, racional. Y propongo a mis pacientes un tratamiento que nada tenga que ver con el de costumbre. Tal vez muchos se escandalizan y jamás vuelven. Mejor. Sus enfermedades están en ellos, son ellos mismos, y no habrá nunca médico que les cure. En esta profesión hay que ser un poco médico de cuerpos y un mucho de almas, si se quiere llegar a alguna parte, Glenda. Por eso le he dado el consejo que creo más conveniente para su caso. Quítese esas inhibiciones de encima, sea mujer por encima de todo.

—¿Y... si llegase a quedar embarazada? —se preocupó Glenda.

—Mejor que mejor. Su tío no podría manipularla entonces a su antojo. El hombre responsable tendría que casarse. Y asunto resuelto. La sociedad lo exigiría. Lord Henry se vería en la obligación ineludible de evitar el escándalo.

—Aun así, doctora..., es demasiado fuerte de admitir, cuando la educación, la formación de una, ha sido tan diferente y...

—Sé lo que eso significa, querida, pero debe meditarlo. Y tomar una decisión lo antes posible. Créame, Glenda. Lo que usted necesita es justamente eso: sentirse mujer en plenitud. Eso, por su propia salud física y mental. Y por otro lado, liberarse de prejuicios. Y de lord Henry, claro está —se incorporó, sonriendo ampliamente—. Ahora que ambos han escuchado lo que tenía que decir al respecto, puede salir usted, señor Landis, para que examine a mi paciente de un modo... digamos tradicional y rutinario, ¿conformes?

—Sí, gracias, doctora —sonrió Clifford, gratamente sorprendido por la audacia y decisión de aquella mujer admirable—. Glenda, esperaré afuera, en

la antesala...

Allí aguardó, apenas diez o doce minutos. Cuando Glenda salía, la doctora insistió en su peculiar terapéutica, y se despidió de ambos. Los dos jóvenes, en un silencio algo violento, llegaron a la puerta de la casa del doctor Halsey, y allí se detuvieron, mirándose mutuamente a los ojos.

—Glenda... —comenzó Clifford.

—Calla —le rogó ella suavemente—. No digas nada. Como la doctora Halsey dijo, es cosa difícil de admitir en principio. Debo reflexionar, madurar mis ideas... Pero como ella dijo también, no es cosa de demorar mucho la decisión. Te veré, Cliff, querido. Seguro que te veré. Y si existen, realmente, dos clases de amor, el carnal y el espiritual, querría ser yo, solamente yo, quien tuviera la exclusiva de ambos... Ahora debemos separarnos, querido. La gente de mi tío puede localizarme con facilidad en esta consulta o sus alrededores, y no quiero más problemas. Tomaré un carruaje de punto y...

No siguió adelante. En ese momento, el cataclismo se les vino encima, en la forma de lord Henry en persona.

* * *

El aristócrata tío de Glenda apareció súbitamente, descendiendo de un carruaje que acababa de detenerse ante la casa de los Halsey. Apenas puso el pie en el estribo, el hombretón fornido, de frondosas patillas y ojos acerados, impecablemente vestido de gris, con levita y macferlán, se quedó mirando a ambos con centelleantes pupilas repletas de ira.

—¡Glenda! —rugió, avanzando a grandes zancadas hacia la joven pareja.

Ella palideció intensamente apenas vio a su tío, y Landis encajó las mandíbulas, irguiéndose para esperar la acometida inevitable del irascible lord.

—De modo que así me obedeces —habló el noble con voz potente, templándole el rugoso rostro de rabia, y apretando sus manos de tal modo, que los nudillos le blanqueaban—. ¡Te encuentras a escondidas con ese hombre, pese a todas mis prohibiciones en ese sentido! ¡Te atreves a oponerte a mi voluntad, cuando sabes perfectamente que todos los triunfos están en mi mano y no tolero rebeldías!

—Tío Henry, yo...

—¡No repliques, Glenda! ¡No admite justificación tu conducta! ¡Estoy harto de todo lo que haces para contrariarme, y en mi pleno derecho, como tutor tuyo y responsable de tus actos, voy a separarte de una vez por todas de este libertino y mujeriego empedernido, para enviarte a un internado a Escocia, donde el joven y disoluto señor Landis no podrá dar fácilmente contigo ni manejarte a su antojo, al menos hasta dentro de un año largo! ¡Y para entonces, yo habré decidido con qué persona respetable y de alta posición has comprometido tu enlace matrimonial, Glenda Rhodes!

La muchacha, en vez de rebelarse contra aquella tiranía familiar, estalló en

amargo llanto y echó a correr, metiéndose en el carruaje de su tío, que partió inmediatamente, a un gesto de él, llevándose consigo a la muchacha, que ni siquiera había tenido tiempo de despedirse de Clifford Landis.

Lord Henry, al parecer medianamente satisfecho por la escena provocada y el mutis dolorido de su sobrina, se dispuso a entrar en la consulta dignamente. Pero esta vez fue Clifford quien le aferró por las solapas del macferlán, frenándole el paso al fornido lord. Este le miró, escandalizado y sorprendido, mientras una fría ira asomaba, amenazadora, al tenso rostro del joven.

—Escuche, lord Henry —silabeó—. Si vuelvo a verle tratar así a su sobrina, es posible que no logre evitar que usted envíe a esa infortunada muchacha a cualquier maldito rincón del planeta donde yo no pueda verla, y que disponga a su antojo, tiránicamente, sin humanidad alguna, de su futuro. Pero nadie podrá evitar que yo le haga pedazos entre mis manos, y la gente tarde meses enteros en reconocer a lord Henry Rhodes, ¿está claro?

—¡Suélteme, maldito sea usted! —Rugió el noble, furioso, alzando sus recias manos—

. ¡Suélteme o...!

—¿O qué, lord Henry? —Con energía indomable, Clifford le llevó contra la pared, y allí le sujetó furiosamente, como si fuese un pelele—. ¿Cree que usted me asusta? ¿Acaso supone que no sospecho la verdad en sus intenciones? Usted está jugando con el dinero de su sobrina, y eso tiene un nombre; ¡estafa!

—¡Repita eso ante testigos y juro que le haré encarcelar durante años enteros! —jadeó lord Henry, palideciendo.

—No voy a complacerle en eso —le soltó con violencia, y el noble fue dando traspiés por la acera, como si estuviese borracho—. Recuerde: si vuelve a suceder algo así, si Glenda es víctima de sus manipulaciones... ¡empiece a temerme!

Se alejó, airado. En ese momento, de otro carruaje descendía un caballero de lentes con montura de delgado metal, que miró sorprendido la escena. Clifford le conocía de vista. Era el prestigioso doctor Judson Halsey, el esposo de Yvette Halsey. Se quedó mirando, perplejo, lo que sucedía, y acudió rápido en ayuda de lord Henry. Clifford dobló la esquina, hacia su coche, parado allí cerca, y entonces oyó el leve siseo allá, a su espalda, procedente de lo alto.

Alzó la cabeza. Por un balcón entreabierto, vislumbró la figura de la doctora Halsey, asomando allí y mirándole con un extraño gesto de ansiedad. Vaciló Cliff, y ella hizo un ademán, tras oír claramente las voces de lord Henry y de su marido en la entrada de la casa.

Luego lanzó algo a la calle y cerró rápidamente el balcón, desapareciendo tras sus pulcros y almidonados visillos.

Clifford se inclinó, perplejo, tomando del suelo el papel doblado, al que iba unido para hacer peso un pequeño anillo de plata con las iniciales Y. H. Separando una cosa de otra, desplegó el pequeño papel, mientras se alejaba

hacia su carruaje.

El texto de la breve nota con apresurada y pulcra letra femenina, le dejó aún más sorprendido de lo que estaba.

«Señor Landis: Quisiera hablar con usted confidencialmente, sobre lord Henry y algo que sé de él, quizá muy importante para usted.

»No debo hablarle aquí de ello. Mi esposo es muy desconfiado y celoso, y tiene mal carácter, muy violento.

»Le espero esta noche o mañana noche, en el Albergue, de Bishopsgate, Whitechapel. Es un consultorio y quirófano para pobres y necesitados. Acostumbro a estar de siete a nueve.

»No falte. Es importante. Saludos: Yvette H.»

Clifford Landis guardó la nota, intrigado.

—Whitechapel, otra vez... —susurró—, Seguro que no faltaré...

CAPITULO V
EL ALBERGUE

El Albergue.

Era el nombre por el que todos lo conocían en el East End. En una época de escasa o nula seguridad social, en que los necesitados y miserables abundaban, aquél era un recinto caritativo muy necesario para los desheredados de la fortuna, que eran los más.

La Asociación Benéfica del East End, mantenida primordialmente por comerciantes de la zona, cubría los gastos de aquel lugar, mezcla de alojamiento para servir algo caliente y un techo donde guarecerse a los ancianos indigentes o a los obreros en paro y sin familia, y de botiquín, consultorio y quirófano para atender heridos, enfermos y, en muchas ocasiones, auténticos moribundos que, de no ser por ese establecimiento destartalado, poco acogedor y sin condiciones, hubieran muerto en las aceras, como perros.

Clifford Landis se detuvo ante la puerta del recinto, recordando con sarcasmo los brillantes y costosos ceremoniales del Jubileo Real, mientras la gente tenía que recurrir a sitios como aquel para hallar una limosna de caldo caliente o del medicamento y la curación imprescindibles.

Se anunciaba en un cartel que sólo se prestaría asistencia médica desde las siete a las nueve de la noche, dado que los médicos lo hacían totalmente gratis, y debían compaginar esta actividad con la suya profesional.

—Buen sitio para elegirlo como hospital de pobres —comentó para sí Landis, al observar la vecindad de un matadero sobre cuya pared, desagradablemente salpicada con la sangre de las reses sacrificadas, se leía un simple nombre: Ratcliff. Y añadió para sí—: Seguro que no hay peor vecindad que ésta. Moscas en verano, malos olores, inmundicias...

Una pequeña tapia que se podía saltar fácilmente, separaba el patio del Albergue del vecino matadero. Cliff pudo ver, por encima de esa cerca, a un hombretón fornido, joven y vigoroso, de cabellos rubio pajizos, cortando a trozos una res recién muerta, bañada en sangre, que le produjo náuseas. Una luz de petróleo alumbraba su tarea.

A Cliff le resultó familiar aquel individuo, sin que pudiera saber la razón exacta de ello. Pero pronto olvidó el detalle, al cruzar el umbral del Albergue, y verse en medio de tanta miseria.

La primera sala del recinto era la destinada a albergar, propiamente dicho. Algunos viejos mugrientos dormían en los largos bancos de madera. Dos o tres, tomaban con fruición una taza de caldo caliente, con trozos de pan moreno. Más allá, un individuo todavía joven, con barba crecida y ropas deslucidas, parecía dormitar, apoyado en los codos, quizá con la mente muy lejos de allí, intentando salir de su cerco de ruina.

Al fondo, leyó un rótulo medio borrado: «Consulta y quirófano.»

Caminó hasta allá. Las luces macilentas contribuían a hacer más ingrato el local. Sin embargo, en la consulta era más intensa la claridad, gracias a dos lámparas de gas, brillantemente iluminadas.

Descubrió a la doctora Halsey, en pie junto a una mesa, vendando el brazo de un individuo de mala catadura que, sin embargo, se prestaba dócil a la curación, con gesto de perro apaleado.

—...Y a ver si esto te sirve de escarmiento, Jeb —decía ella con tono de reproche, muy autoritaria—. ¿Está claro? No volveré a curarte el día en que me vengas herido por otra de tus peleas callejeras. Y tendrás que ir al hospital, explicando entonces a la policía por qué te hiciste la herida.

—Sí, doctora —admitió humildemente el individuo—. Perdone, doctora, procuraré que no ocurra más, pero es que esa gente es muy dura...

—También tú lo eres. Y no ganas nada así. Anda, ve afuera y toma un poco de caldo y pan. Luego vete de aquí. No quiero verte por este consultorio hasta que te estés muriendo, ¿está eso bien claro?

—Sí, doctora. Claro, doctora —se inclinó, ceremonioso, sujetando una grasienta gorra en su mana—. Buenas noches, doctora. Y gracias...

Sólo le faltó lamerle la mano. Se alejó hacia la sala exterior. Clifford se quedó contemplando a la doctora Halsey. Ella clavó sus ojos en él, medio sonriente.

—Buenas noches, señor Landis —saludó, con un suspiro—. Veo que ha venido.

—No podía dejar de hacerlo —miró hacia el exterior—. Parece tener dominada a esa gente...

—Si no fuera así, ellos me dominarían a mí. Son camorristas, ladronzuelos, pillos y haraganes. Pero creo que les sé manejar, eso es todo. Tal vez comprenden que me necesitan.

—¿Qué es usted? ¿El ángel de Whitechapel? —sonrió Clifford yendo hacia ella, en tanto daba vueltas en sus manos al sombrero de alta copa de reflejos.

—No creo que llegue a tanto —suspiro—. Si no fuese por los que nos sacrificamos un poco, ¿qué sería de esta pobre gente? Nadie se acuerda de ellos en esta ciudad.

—Sí, he podido darme cuenta de ello —murmuró Clifford, pensativo. Paseó por el amplio consultorio, tan destartalado como el resto del Albergue. Vislumbró, por una puerta entreabierta, un par de insuficientes quirófanos donde incluso había ausencia casi total de la higiene imprescindible—. Y bien, doctora Halsey, ¿puede decirme a qué debo el honor de esta sorprendente cita en un lugar tan insólito?

Yvette Halsey asintió con la cabeza. Las luces del gas nimbaban su cabello de tonalidades rojo oscuras, los ojos parecían ahora más pardos que grises.

—Ya se lo dije en mi nota. Tengo que explicarle algo importante para usted y para esa chica.

—¿Por qué no lo hizo allí? Tuvo ocasión de ello...

—Esperaba el regreso de mi marido de un momento a otro. No era

prudente.

—¿Tan severo es con usted? —se extrañó Landis.

—Al principio no lo era. Cuando nos casamos resultaba un hombre perfectamente normal, e incluso cariñoso. Ahora... todo es distinto.

—¿Distinto? ¿Por qué?

—Ha cambiado mucho en estos últimos años. Sé ha obstinado en hallar nuevos medicamentos. Mezcla sus estudios de químico con los de médico, y busca nuevas panaceas para dolores y enfermedades. No siempre triunfa, pero ha dado algunos fármacos notables a la Medicina. Pero últimamente, ese afán por nuevos medicamentos, ha llegado a límites de auténtica obsesión. Como le exigí que durmiese por las noches y no experimentase más en el laboratorio de casa, él buscó nuevos trucos para engañarme. Pretextaba visitas urgentes nocturnas, que luego supe que no eran ciertas en la mayoría de los casos. ¿Adónde iba esas noches en que abandonaba la casa? Un día lo averigüé casualmente, porque se olvidó algo... y lo encontré aquí.

—¿Aquí? ¿En el Albergue?

—Eso es. A él rara vez le gusta venir al Albergue, y si lo hace es porque no tenga más remedio. De modo que ese hecho me inquiete. Aquí no hay laboratorio, pero hallé tubos, matraces y retortas, así como un hornillo de alcohol, en un armario, bien escondido tras unas mantas, en uno de los quirófanos. En suma: él venía aquí a experimentar, a trabajar en labores químicas... ¿Por qué, señor Landis? ¿Qué se trae entre manos últimamente? Intenté saberlo, pero siempre se pone violento... e incluso ha llegado a golpearme. La vida con él, ahora, empieza a ser un infierno.

—¿Por qué me cuenta todo eso? —indagó Cliff gravemente—. Usted..., usted, doctora Halsey, me dijo que quería hablarme de lord Henry, no de su esposo.

—Pero creí oportuno hablarle también de Judson. El... no es el mismo. Algo le ocurre, algo le trastorna y obsesiona, y no sé lo que pueda ser. A veces... a veces, en estos últimos días, incluso me he preguntado... si además de venir a experimentar aquí... no habrá algo más... Algo siniestro y horrible.

El recuerdo de las mujeres asesinadas por el Degollador, asaltó un momento a Landis, pero se abstuvo de comentar nada. En vez de eso, trató de desviar el enojoso tema hacia otras cuestiones menos violentas para ambos:

—Aun así, doctora, preferiría que me hablase de lord Henry.

—Oh, sí, comprendo. Yo... —en ese momento, les interrumpieron. Uno de los hombres de allá afuera, gorra en mano y con aire de aturdimiento, asomó a la consulta.

—Perdone, doctora, si molesto. Yo... vengo a decirle...

—¿Sí, Gordon? —demandó ella con dulce paciencia, sonriendo al intruso.

—Bueno, un paciente suyo quiere que le visite ahora... Parece un tipo importante, un tal señor... Smith...

—Oh, el señor Smith... —Yvette Halsey tuvo una sonrisa extraña, e indicó al hombre que le hiciera pasar. Luego, rápida, se volvió a Clifford y le invitó

—: Entre en uno de esos quirófanos, rápido. Entre... y escuche. Es todo. No pregunte, por favor.

Cliff obedeció, perplejo, las indicaciones de la joven. Apenas se hubo situado tras la puerta, el tal míster Smith entró en la consulta. Caminaba pesadamente, y Cliff oyó su voz ronca:

—Buenas noches, doctora Halsey. Perdone que vuelva hoy, pero... me siento peor.

Bastante peor que la semana pasada...

—Ya veo —la joven doctora pareció preocupada—. ¿Algún exceso indebido, señor Smith?

—Pues... no, no, doctora —carraspeó el hombre—. Ninguno en absoluto. Sin embargo, sigo sintiéndome mal. El tratamiento no resulta...

—Señor Smith, tenga en cuenta que los males venéreos de cierta gravedad, son muy difíciles de curar. A veces, imposibles, al menos hoy en día. Ya le dije que no debía esperar milagros, y sí sacrificarse mucho y poner de su parte todo lo posible. De todos modos, le daré ahora un nuevo tratamiento más intenso. Espero que eso le ayude. Venga a verme dentro de una semana, si todo va bien. Si no... en cuanto se sienta mal.

Clifford, curioso, asomó por la rendija. Contempló al hombre encorvado, de recio gabán negro, de sombrero de peluche de igual color, de ropa alta, melena larga, blanca, y frondosa barba de igual color cubriendo su rostro, así como unas antiparras negras y ovaladas, montadas sobre su nariz. Algo peculiar, que no le era extraño, asomaba en aquel individuo de recias manos enguantadas.

Yvette extendió rápida una serie de recetas, y las entregó al desconocido señor Smith quien, rápido, guardó el papel, y puso en la mano de la doctora un par de billetes de veinte libras.

—Gracias, doctora. Mil gracias —susurró—. Esto para el Albergue.

—Ya dio usted un donativo la semana anterior, señor Smith...

—Es igual. Así podrá atender mejor a la gente del barrio. Buenas noches...

Salió el señor Smith de la consulta, siempre encorvado. Clifford salió de los quirófanos, frotándose el mentón.

—Ese hombre... Me es familiar algo en él, doctora... ¿Por qué me hizo espiarle?

—Le hice venir para hablarle de eso. Pero es preferible que lo haya visto con sus propios ojos. ¿No se dio cuenta? Si quita esa barba blanca, esa peluca, esas ropas tan anchas y esas antiparras..., ¿quién aparece debajo de la identidad del señor Smith?

—¡Cielos! —Cliff vio una imagen inmediatamente—. ¡Lord Henry en persona!

—Eso es —asintió ella suavemente—. Es quebrantar en parte el secreto profesional, pero yo, después de todo, sólo le dejé ver a un tal señor Smith, y... ¡Eh, espere! ¿Qué va a hacer ahora?

—Tengo que ver adonde va ahora, estar seguro de ello... —jadeó Landis,

partiendo rápido, en pos del paciente que acababa de salir de allí—. Conque visitando de noche Whitechapel para curarse secretamente un mal venéreo, ¿eh? ¡Ese es el puritano y perfecto lord Henry Rhodes!

Rápidamente alcanzó la calleja, frente al matadero, donde ya nadie trabajaba con la carne sangrante de las reses aunque aún brillaba la luz mortecina de petróleo.

Borrosamente, a medida que la niebla iba formándose inexorablemente en el distrito, llegó a advertir la figura encorvada del disfrazado lord Henry, doblando la esquina hacia Bishopsgate. Cliff recorrió con paso ligero y poco ruidoso el trecho de pasaje hasta la amplia calle, volviendo a descubrir la silueta de lord Henry recortada contra las luces del Liverpool Theatre, brillando allá al otro lado de la calle.

Ya no iba encorvado. Se había erguido y caminaba rápido, seguro de sí, como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Clifford no pensaba abandonar la persecución mientras fuese humanamente posible, y no la abandonó.

Recorrió así dos manzanas de Bishopsgate, hasta que, súbitamente, lord Henry desapareció ante su vista, ayudado en parte por la niebla.

Desorientado, Cliff se paró en seco en la desierta acera. Sus ojos se clavaron en dos callejones inmediatos. Por uno de ellos, sin duda, había tomado su perseguido, quizá percatándose de que era seguido. Pero ¿por cuál de ellos?

Se aventuró por el primero de ellos, cauteloso. Pegó su figura al muro. El hecho de llevar macferlán y ropas negras, contribuía a que se fundiera fácilmente con la profunda oscuridad de aquellos lugares tan poco tranquilizadores.

El pasaje era particularmente corto y sin salida. Un muro de ladrillos remataba su final, haciendo imposible la salida por allí. Cierto que había algunas puertas, pertenecientes a miserables viviendas, pero todas parecían herméticamente cerradas.

Con paso rápido, Landis regresó a Bishopsgate y se encaminó al otro callejón. En ese preciso instante sonó el agudo grito de mujer, desgarrador y terrible, y no muy lejos de él.

Con un repentino sentimiento de angustia y horror, Clifford se precipitó resueltamente al fondo del callejón, dispuesto esta vez a dar caza al posible agresor, puesto que de allí provenía el grito femenino, y éste acusaba un pánico indescriptible. Y también un dolor de agonía...

Este pasaje sí tenía salida, allá al fondo. Contempló la tapia, muy baja y accesible, las tinieblas profundas tras ella. Borrosamente, creyó captar una silueta humana que se perdía en esa oscuridad, en medio del flotar de una amplia prenda oscura, quizá una capa, un gabán o un macferlán como el suyo.

Tropezó con algo caído en el suelo, y casi se desplomó sobre ello. Logró recuperarse, tanteó, tocando lo que le había hecho tropezar. Retiró sus dedos mojados en algo. Aprensivo, Clifford prendió un fósforo y miró su mano.

—¡Sangre! —jadeó, sintiendo que se erizaban sus cabellos.

Miró al suelo. Sobre el empedrado húmedo yacía un cuerpo humano. Otra mujer. Esta vez tenía melena pelirroja, sus grandes pechos se salían de su escote, y entre ellos habían clavado un terrible, largo cuchillo carnicero, cuyo mango de madera sobresalía entre un baño de sangre atroz. Antes de esa forma de atravesar los pulmones y senos de la infortunada mujer, el agresor había obrado con demoníaca ferocidad, segando de un limpio tajo la garganta de la víctima... ¡y cortándole limpiamente una oreja, que ahora yacía a sus pies, como un objeto absurdo, totalmente ensangrentado!

Landis se sintió enfermo, pese a considerarse un hombre relativamente fuerte ante determinadas escenas. Sudoroso, miró en torno, creyó captar el movimiento sigiloso, sutil, de una figura humana agazapada.

Giró vivamente la cabeza, y captó la figura, despegándose ahora de un muro en sombras. Le conminó, precipitándose en el acto hacia él:

— ¡Alto! ¡Alto ahí! ¡Deténgase, asesino maldito...!

Pero el fugitivo, como si tuviese alas en los pies, corrió el trecho de callejón, saliendo rápido a Bishopsgate, donde la niebla lo engulló.

Cliff, brincando por encima del cadáver, corrió en busca suya de forma desesperada, pero cuando llevaba dos manzanas o tres de persecución, dos figuras macizas se alzaron ante él, y unos brazos de hierro le sujetaron, al tiempo que sonaban, estridentes, numerosos silbatos en la niebla.

—¡No se resista, en nombre de la ley! —Clamó un vozarrón ante él, mientras una lámpara se alzaba, iluminando crudamente su rostro—, ¡Está arrestado como sospechoso!

—¡No sean estúpidos! —rugió Landis, furioso—. ¡El asesino se escapa, va allá delante! ¡No estoy huyendo, sino persiguiendo al criminal! ¡Hay otra mujer muerta en aquel callejón! ¡Es obra del Degollador!

—Tiene usted la mano manchada de sangre, señor —acusó el otro policía, sujetando reciamente su muñeca derecha y alumbrando los dedos enrojecidos —. Tendrá que explicar esto al superintendente, no ese cuento chino que quiere colocarnos...

Exasperado, comprendiendo que ya todo era inútil y el fugitivo, fuese lord Henry o no, se había perdido definitivamente por la torpeza de aquellos dos policemen, Clifford Landis dejó de resistir y de protestar, esperando pacientemente el momento de encontrarse cara a cara con el superintendente Greaves, de Scotland Yard.

CAPITULO VI
EL ASESINO

—Esta vez, fue Joan Feldon. Prostituta. Treinta y ocho años —recitó lúgubremente Everett Greaves, tirando luego a un lado el papel con los datos de identificación. Su gesto era desolado. Hizo un ademán con ambas manos, mirando a su interlocutor—. Lo siento, señor Landis. Debe reconocer conmigo que mis hombres obraron con el justo celo, aunque se equivocaran. Su actitud era sospechosa. Y sigue siéndolo.

—¿Incluso para usted?

—Incluso para mí. Su mano ensangrentada, su afán por alejarse del lugar del crimen...

—No me alejaba de él. Perseguía al asesino.

—Es una explicación demasiado simple, aunque quizá válida. Debe admitir que usted es el único culpable de que esto sucediera. Siempre está en el lugar del crimen cuando éste tiene lugar.

—Menos cuando mataron a Nancy Ascott. Tengo coartada esa noche, superintendente.

—Está bien, está bien —agitó sus manos, expresivo—. No le acuso de nada. Sólo expongo posibilidades. Es una lástima que perdiéramos al criminal si, como usted dice, era él quien huía. Pero mis hombres no son adivinos. Sólo policías... Oh, maldita sea, este asunto me está volviendo loco. Ya son tres mujeres las víctimas. Y seguimos sin saber nada.

—Yo le he contado algo, ¿no?

—¿Esa historia del Albergue del East End? Sí, claro—se rascó la cabeza —. ¿Sabe usted lo que significa eso para mí? Dinamita pura.

—¿Por qué?

—Imagine si voy y arresto a lord Henry Rhodes como sospechoso... Y luego resulta que no sufre nada venéreo, que no es «míster Smith» ni estuvo en Whitechapel. Se me cae el pelo, señor Landis. Lord Henry es hombre muy influyente. Significaría mi destitución inmediata.

—¿Y si es culpable?

—A usted le vendría muy bien. Eso liberaría a su prometida, Glenda Rhodes, y usted podría casarse con ella. Como en los cuentos de hadas.

—¿Sabe ya todo eso, superintendente? —se extrañó Cliff.

—Yo sé todo lo que me interesa, sobre la gente que me preocupa. Lo malo es que todo eso sigue sin llevarme a ninguna parte, amigo mío. Es el asesino quien me interesa, el Degollador, ¿comprende? Mientras él no esté entre mis manos... todo será perfectamente inútil.

—¿Y sir Josuah? ¿Lo soltó ya?

—Uf, tuve que hacerlo anoche mismo. El también es influyente, y los expertos no hallaron en su estoque ni una sola mancha de sangre humana. Ni siquiera huellas de que hubiera sido utilizado recientemente. No puedo

encerrar a una persona de su condición sólo porque le guste llevar un arma defensiva cuando va a los barrios extremos... o porque le atraigan los homosexuales.

—Bendita sociedad nuestra... —suspiró Cliff, moviendo la cabeza—. Y todos ellos son los que hablan de moralidad, de rectitud...

—Así ha sido siempre, y así seguirá siendo, amigo mío. El mal de ser pobre es que todo el mundo se entera de lo que uno hace. Los ricos tienen el privilegio de poder ocultar sus lacras.

—Escribiré algo sobre eso la próxima vez. Sin citar nombres, claro. No quiero ir a Newgate por injurias.

—Haga lo que le plazca. Es usted libre de ello. ¿Por qué no sé va ya a dormir?

—¿De modo que estoy en libertad?

—Por el momento, sí —gruñó Greaves—. Pero tenga cuidado la próxima vez. Es usted uno de mis primeros sospechosos, a pesar de su coartada de la noche en que mataron a Nancy Ascott. No me haga cambiar de idea y me obligue a encerrarlo.

—Cuidadito, superintendente —le recordó irónicamente Landis, camino de la salida—. Después de todo, yo también soy un miembro de esa exquisita sociedad a la que no se puede acusar impunemente...

—¡Váyase al diablo! —farfulló Greaves.

Salió Cliff sonriente del despacho de Scotland Yard, y cuando estuvo solo, también el policía sonrió para sí, mirando hacia la puerta por la que acababa de abandonar Clifford Landis la estancia.

—Ese muchacho me cae bien, a pesar de todo —gruñó para sí el policía—. O termina ayudándome a dar caza al asesino... o él es el mismísimo criminal.

* * *

Clifford abandonó el sobrio edificio de Scotland Yard, pisando la acera con un cierto alivio. Seguían sin gustarle demasiado las dependencias policiales.

El carruaje negro, tirado por dos caballos, se detuvo frente a él. Una mano asomó por la ventanilla, cuando él se disponía a tomarlo, creyendo que estaba libre.

—Puedes subir —invitó una voz profunda y algo desgarrada, que él conocía muy bien—. Te estaba esperando, querido...

Dudó. Estuvo tentado de dar media vuelta y alejarse. Pero optó finalmente por subir, cerrando la portezuela tras de sí. El cochero, sin esperar instrucciones, echó a andar los caballos. Él carruaje rodó rápidamente sobre el empedrado.

—¿Qué significa esto, Jill? —preguntó.

La rubia cabellera se agitó en el interior en penumbras, adonde sólo llegaba el reflejo de las luces de gas dispersas en la niebla. Los ojos de Jill Latimer brillaron tras las espesas pestañas artificiales.

—Sabía que estabas ahí. Me contaron lo de tu arresto en Bishopsgate, después de la muerte de la pobre Joan...

—¿Y has esperado aquí todo este tiempo?

—El que fuese necesario, Cliff. Quería verte. La noche es nuestra. Como ayer. Como el otro día. Como todas las noches. ¿O no?

—Sí, claro...

—¿Qué te pasa? —se inquietó ella. Una mano enguantada con el largo guante color negro, se apoyó en su brazo. La rubia y seductora muchacha se inclinó ávida hacia él, dejando ver la profundidad cautivadora de sus firmes pechos—. Cliff, ¿es que ya no me quieres?

—No, Jill, no es eso. Trata de entender. Esta noche, las emociones... Yo hallé ese cadáver, toqué su sangre... —se miró los dedos, con un estremecimiento—. Perseguí al asesino, estuve a punto de darle caza... Son demasiadas tensiones para tan poco tiempo, Jill. Me siento... fatigado, maltrecho. No puedo pensar... en el amor.

—Cliff, me estás mintiendo. Eso no es cierto... —jadeó ella, implorante. Se inclinó hasta besar sus labios con pasión. Se retiró al notar su frialdad—. Cliff, hay otra mujer... Una de esas chicas de tu mundo. Tu novia, sin duda... ¿Glenda es su nombre?

—¿Cómo lo sabes? —la aferró Cliff con fuerza por la muñeca, mirándola irritado.

—Leo los periódicos —dijo ella, despectiva, soltándose de su presión con aire de orgullo herido—. Y tú la nombraste anoche, mientras descansabas en mi lecho...

—No es cierto.

—La nombraste. Soñabas con ella. Glenda... ¿Qué te pasa? ¿Es que ya no deseas mi cuerpo? No me importa que tengas una novia, pero quiero saber que me deseas, que me posees, que yo soy para ti algo más que una simple prometida, una futura esposa. Que yo soy... tu hembra. El cuerpo que posees cada noche, que te hace feliz...

—Calla, Jill. No sabes lo que dices. Glenda y yo hemos roto. Sólo te tengo a ti. Y aunque estuviese ella... serían dos amores distintos, ¿no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. La pobre Jill Latimer nunca pretendió otra cosa. No vuela tan alto... —había llanto contenido, congoja en su voz—. Pero no me gusta que ni siquiera eso me quede. Que sólo la ames a ella. Y la desees también a ella...

—Jill, no tengas celos, por Dios —la atrajo hacia sí, dulcemente—. Sabes que no hay razón para eso, siempre que sepas cuál es la atracción que ejerces sobre mí.

—La sé. Nunca podré ser amada por ti. No lo pido tampoco. Me conformo con... lo demás. Con sentirte dentro de mí. Con gozar cuando me posees, amor... —sus labios ardientes le buscaban, le mordían la boca, mientras el cuerpo turgente y sensual se adhería al suyo—. Cliff, no tenemos que ir a Whitechapel ahora. Está tan lejos... Aquí, en cualquier hotel... si no te

avergüenzas demasiado de mí...

—No, Jill. Te llevaré a tu barrio, a tu basa. Esta noche no te haría feliz, lo sé. Mejor mañana, ¿por qué no? Cuando pase este nerviosismo, esta tensión...

Ella parecía a punto de rebelarse de nuevo. Luego, mansamente, cedió, pareció comprender a Cliff.

—Está bien _—susurró—. Mañana. No faltes, querido. ¿De verdad me acompañas?

—No podría dejarte sola... después de lo que vi esta noche.

Dio una indicación al cochero, y el carruaje enfiló hacia el este de la ciudad, bordeando el oscuro curso del Támesis.

* * *

Pasos en la niebla.

Como aquella misma noche, cuando una mujer fue muerta atrozmente, casi ante sus propios ojos.

Sus pasos en el húmedo empedrado. Y alrededor, silencio absoluto. El carruaje estaba en Bishopsgate, en la manzana inmediata. Esperándole. Sólo eran unas pocas yardas hasta él, de regreso de la puerta de la vivienda de Jill. Había dejado a la muchacha relativamente tranquila y confiada. Parecía entender su estado de ánimo.

De repente se paró en seco. Escuchó. Los pasos sonaban tras de él. Huecos, como siguiendo los suyos al mismo ritmo. Aquellos pasos se detuvieron también, bruscos, al detenerse él. El silencio fue completo en la niebla.

Tras una tensa espera, Cliff reanudó la marcha hacia la lejana sombra del carruaje, que ahora parecía más lejana que nunca. El cochero había conducido los caballos a un abrevadero, alejándose casi una manzana más del lugar previsto.

Un escalofrío asaltó a Cliff cuando reanudó la marcha. A espaldas suyas, el repiqueteo rítmico de los otros pasos se había reanudado también.

Paró de nuevo súbitamente. Y también los otros pasos se detuvieron. Un sudor helado empezó a humedecer la epidermis del joven aristócrata. Si aquel ser que caminaba tras él era el asesino...

Pudo ser que le vigilase, temiendo haber sido identificado. Ahora, en plena madrugada, no le sería nada difícil atacarle, cometer un nuevo crimen, esta vez en una víctima masculina...

Cliff tomó una súbita decisión. Echó a andar con rapidez. Otra vez los pasos sonaron a su espalda. Con una celeridad pasmosa, el joven giró sobre sus talones y emprendió veloz carrera, ahora en sentido opuesto, precipitándose sobre la sombra que le seguía, y que pareció intentar desesperadamente la fuga, sin conseguirlo. Las manos de Cliff, como zarpas, hicieron presa en el desconocido, aterrándole y haciéndole ir violentamente contra el muro de ladrillos oscuros, donde lo retuvo con energía.

El otro forcejeó, soltando una sorda imprecación y tratando de luchar para evadirse de su presa.

—¡Quieto ahí! —Rugió Clifford—. ¿Quién es usted? ¿Qué pretende, siguiéndome?

Vamos a ir juntos a ver a la policía, amigo. Y si intenta algo, le mato.

—Esa voz... ¡Cliff! ¡Cliff Landis! —Sonó otra voz, joven y familiar, con enorme sorpresa—. Cielos, qué susto me has dado...

—Edwin... —masculló Landis con estupor, empezando a sentirse avergonzado. Soltó a su joven amigo, retrocediendo perplejo—. Pero... pero ¿qué haces tú aquí, siguiéndome?

—¿Siguiéndote? Nada de eso, Cliff... Por Dios, qué fuerza tienes... Creí que eras el asesino de Whitechapel...

—Yo también creí que lo eras tú... —ambos se miraron, muy de cerca, a través de la neblina—. Por todos los diablos, ¿qué haces aquí a estas horas, Edwin?

—Salía del teatro... Me entretuve con Faith en el camerino. Ya sabes, la chica que canta y baila, esa preciosidad... Ahora la he dejado camino de su casa. Pero ¿y tú? Nunca te vi tan tarde, deambulando por ahí y solo. Cuando oía tus pasos, tuve cierto temor. Al oír que te detenías, me detenía yo también a espiar. Creo que todos aquí sospechamos de todo el mundo...

—Sí, eso es cierto, maldita sea... —Cliff sacudió la cabeza—, ¿Tienes carruaje?

—No. Confiaba en encontrar alguno... Faith se llevó el mío. ¿Tú sí?

—Aquél me espera. Vamos, te llevaré a casa, Edwin.

Sir Edwin Balderston y él, emprendieron el regreso a Mayfair, Clifford, por el camino, no pudo evitar un comentario irónico:

—Si el superintendente Greaves llega a sorprenderte a ti también en Whitechapel, hubiera empezado a preguntarse si todo Mayfair no se habrá trasladado al East End, en algo muy parecido a una epidemia...

Y rió entre dientes, mientras sir Edwin le miraba, con gesto entre risueño y perplejo.

* * *

Cliff abrió la puerta de su domicilio. Entró de puntillas, para no despertar al servicio. Aunque sus sirvientes estaban ya habituados a sus irregulares costumbres, no quería escandalizarles más todavía. Ya eran las tres y media de la mañana.

Por ello su sorpresa fue enorme cuando, súbitamente, la mecha de luz de gas se elevó bruscamente en el vestíbulo, y una intensa luz rosada inundó la sala. Landis soltó una brusca imprecación, y se quedó mirando a su inesperada visita, que se erguía ahora en una butaca.

—¡Glenda! —exclamó, estupefacto.

Era ella. Con sus oscuros cabellos despeinados, singularmente pálida y sin

siquiera el más leve toque en sus ojos o mejillas de cosmético alguno. Se lanzó en sus brazos con un sollozo.

—¡Oh, Cliff, perdona! —susurró, estremecida, abrazándose a él casi frenética—. ¡He utilizado indignamente una llave de tu casa que un día me dejaste hace tiempo! ¡He venido a verte sin que nadie lo sepa!

—No recordaba haberte dejado ninguna llave, pero ya que estás aquí... ¿puedes decirme lo que sucede? Es plena madrugada, y esto parece una perfecta locura. Tu tío podría ahora internarte en un reformatorio con todas las pruebas a su favor... No debes estar aquí, Glenda, en mi casa...

—Tenía que verte, Cliff, te necesito... —sollozó, pegada a su pecho, estremecida por el llanto y la emoción—. Es horrible lo que sucede...

—Pero ¿qué es lo que ocurre, realmente, Glenda?

—Tío Henry está loco... Parece un hombre diferente... Esta noche... ha sido terrible... Regresó de alguna parte, como enloquecido. Rompió una vidriera, volcó muebles, le oí rugir y llorar en su alcoba...

—Sí, imagino por qué —Cliff miró gravemente a Glenda—. Mi pobre chiquilla, si supieras... El está enfermo, está seguro de haber sido descubierto...

—¿Enfermo? ¿Descubierto? ¿Qué quieres decir con todo eso? —le miró la joven con ojos muy abiertos.

—Tu tío Henry no es el moralista que pretende. Es un viejo mujeriego que ha cogido una enfermedad peligrosa, muy grave. Quizá mortal a la larga... Sífilis, ¿entiendes, Glenda?

—Oh, no...

—Así son las cosas. El, pretendiendo llevarte por un camino recto, cuando es un perfecto degenerado enfermo... que recurre a consultas bajo falsa identidad, para ocultar su mal a todos. En cuanto eso se haga público, el juez le quitará tu tutela, incluso os prohibirá convivir bajo un mismo techo, por un elemental principio de salubridad... Quiera o no, va a perder tu tutela, y lo sabe. Eso, tal vez, unido a lo grave de su dolencia venérea, le ha enloquecido. Acostumbra a suceder en tales males. Vamos, Glenda, hay que hacer algo. Cualquier cosa menos darle pretexto para una acción judicial quedándote aquí. Y tampoco volverás con él. Mañana presentaré una demanda ante el juez. Ven conmigo, en seguida.

—¿Adonde... adonde me llevas, Cliff? —se amedrentó Glenda.

—A casa de la doctora Halsey. Ella cuidará de ti por el momento, estoy seguro. No se me ocurre otra persona. Vamos ya, tengo el coche afuera...

Salieron. El carruaje de punto se disponía a partir ya, cuando Cliff lo llamó de nuevo. El sorprendido cochero, al verle con otra mujer, puso un gesto perplejo, pero nada dijo.

Cliff y Glenda subieron al vehículo. El dio la dirección de los Halsey.

Poco después llegaban a la casa. Clifford llamó a la puerta resueltamente. Tras un silencio, insistió. Al fin se abrió arriba una ventana. Asomó la propia señora Halsey, sorprendida.

—¿Qué ocurre? —demandó—. ¿Alguna urgencia? ¡Cielos, Glenda Rhodes y Clifford Landis! Esperen, por favor, esperen un momento...

Descendió con rapidez, envuelta en una bata, cubiertos sus cabellos por un gorrito de dormir que no le restaba belleza. Les introdujo rápidamente en el vestíbulo y luego les llevó a un gabinete de consulta, donde encendió la luz de gas, mirándoles asombrada.

—Por el amor de Dios, señor Landis, ¿puede explicarme esto? ¿Qué hacen aquí a estas horas? —demandó, alarmada—. ¿Sucede algo grave?

—Usted sabe lo que sucede. Lord Henry está como loco. Se ha vuelto incluso violento y peligroso. Glenda se asustó, huyendo de casa. Eso puede complicar las cosas, si la hallan conmigo... y he pensado en usted para que, momentáneamente, se cuide de ella. Dada la dolencia de su tío, yo voy a solicitar mañana del juez la retirada de la tutela, que podrá pasar a ser judicial hasta la mayoría de edad. Pero no quiero que cualquier cosa pueda dificultar esos trámites y dar la razón a lord Henry.

—Comprendo —asintió Yvette Halsey—. Ha obrado muy cuerdamente, Landis. Sí, Glenda puede quedarse aquí... De todos modos, espere. Hablaré antes con Judson. No me gustaría que, dado su actual carácter violento, mañana se enfureciese conmigo por no consultarle. Aunque últimamente vivimos alejados, en habitaciones separadas..., es mejor así, por bien de todos. Un instante. Creo que debe estar en su dormitorio... si es que no se ha metido otra vez en su maldito laboratorio.

Subió a la planta alta, para regresar seguidamente, con gesto de desaliento.

—Lo que imaginaba —dijo—. No está. La cama está revuelta, pero él no aparece...

Se encaminó a un corredor, al final del cual había una puerta. Cuando la abrió, se vio luz mortecina en alguna parte. Ella suspiró, entrando mientras hablaba en voz alta:

—Judson, se trata de algo que debo consultarte previamente y...

Se interrumpió. Un grito agudo, terrible, escapó de sus labios. Clifford, sobrecogido, cambió una mirada rápida con Glenda, antes de precipitarse a paso de carga hacia el iluminado laboratorio, para averiguar lo que sucedía.

Apenas asomó, Yvette Halsey se echó contra su pecho, sollozando, en busca de apoyo en tan terrible momento. Clifford, mientras la acogía, comprensivo, miró hacia la lúgubre forma que oscilaba, colgada del techo, sobre una banqueta volcada, pendiente desde él cuello, por una soga atada a una viga del artesonado.

Por doquier había frascos, tubos de ensayo y retortas hechos añicos. El doctor Halsey se había ahorcado no mucho antes. Su rostro azulado, aún no se había ennegrecido.

Pero cuando Cliff, soltando a la desesperada doctora, se acercó al cuerpo, comprobó que nada podía hacerse por él. Estaba muerto. Los ojos del joven volaron hasta una repisa cercana, donde una hoja de papel, escrita con grandes caracteres, mostraba el mensaje póstumo del doctor Judson Halsey:

«Mi tremendo fracaso debe pagarse. Después de todo, yo soy el único culpable de cuanto ocurre en Whitechapel. Nunca debí hacer lo que hice. Es como si yo hubiera asesinado a esas pobres mujeres con mi propia mano. Yo soy el auténtico asesino. Es mejor terminar así. Y no decir nada más. Judson Halsey.»

CAPITULO VII
ALMAS ATORMENTADAS

El silencio entre los dos hombres se rompió finalmente.

—De modo que así terminó todo...

—Para la policía, sí. Ha debido ser un rudo golpe para la doctora Halsey. El superintendente Greaves tiene ya un culpable, y no es cosa de buscarle los tres pies al gato, como dijo él. La prensa quizá tenga también sus reservas, pero después de todo, Halsey era médico-cirujano, y eso explicaría la limpieza de los cortes en las víctimas. Además, se dedicaba a experimentos secretos. Los periodistas sensacionalistas, gustan de dejar volar su imaginación, y aventuran que algún fármaco alteró la mente del médico, haciéndole ser una especie de monstruo por las noches.

—¿Y no encaja eso, realmente, en cuanto ha sucedido?

—Sí, claro que encaja. La doctora Halsey ha confesado que su marido se ausentaba últimamente con frecuencia por las noches, pretextando visitas de urgencia que no realizaba. Algunos testigos de Whitechapel le han identificado como el hombre que estaba a veces hasta muy avanzada la madrugada en el Albergue. Y éste se halla tan cerca del escenario de los crímenes...

Sir Edwin Balderston asintió, pensativo, mientras el carruaje rodaba hacia Whitechapel, una vez más, llevando a ambos hombres en su interior.

El día había sido muy agitado, con las pesquisas policiales, el levantamiento del cadáver del doctor Halsey, el revuelo de la prensa y la opinión pública, y todo cuanto el hallazgo macabro trajo consigo.

Clifford Landis no tuvo tiempo de presentar su demanda ante el juez, para que le fuese retirada la tutela de Glenda y su fortuna a lord Henry Rhodes, pero había logrado que el superintendente Greaves, al estar ella presente en la casa donde se ahorcara el doctor Halsey, la dejara al cuidado de su propia esposa, la señora Greaves, en su vivienda de Westminster, con el apoyo de una autorización judicial especial. Lord Henry había protestado de esa decisión violentamente, pero Greaves alegó un estado de crisis o shock, confirmada por el médico forense, para el éxito de su pequeña estratagema, evitando así la reacción legal de lord Henry.

—Mañana resolverá usted el asunto legalmente —avisó Greaves a Landis, antes de despedirse ambos hombres, mientras los reporteros rodeaban al superintendente para obtener el relato de los acontecimientos últimos.

Al siguiente día, sin falta, sí recurriría Clifford a la autoridad judicial para resolver la cuestión definitivamente.

Como si su amigo Edwin intuyera el curso de sus pensamientos, aventuró una pregunta:

—¿Te sientes más cerca del triunfo definitivo sobre lord Henry, Cliff?

—Sí, la verdad es que veo la victoria en mis manos. Glenda será libre

mañana, estoy seguro. En cuanto un médico forense examine al tío de Glenda, todo estará resuelto a su favor. El permiso del juez para una boda, no creará problemas, ya verás.

—Os felicito a ambos —suspiró Edwin—, creo que todo va a acabar bien, como en los cuentos. Pero esta noche vuelves a Whitechapel, Cliff.

—Sí, ¿y qué?

—Oh, vamos, vamos. No soy un niño, Cliff. No seas hipócrita conmigo. Igual que yo te he confesado mi aventura con Faith Winters, tú podrías admitir que no vas al East End por simple afán de darte un paseo a través de todo Londres...

—Es cierto —confesó Landis—. Hay una mujer, naturalmente.

—Vaya, qué callado te lo tenías. ¿Guapa?

—Claro. Y joven. Y apasionada. Pero eso debe terminar ya...

—¿Terminar? Oh, entiendo. Glenda, la cercana boda... Ahora, todo cambia.

—Sí, ahora todo cambia —suspiró Clifford.

—Es raro. Pareces disgustado por ello, y no feliz.

—Es una situación extraña, difícil...

—¿Por qué? ¿Tanto te atrae esa otra chica? ¿Es que... te has enamorado de una...?

—No es eso. Es que son dos sentimientos diferentes. Por Glenda nunca sentiré lo mismo que por... por Jill. Tal vez no lo entiendas, pero...

—Claro que lo entiendo —hizo un ademán sir Edwin—. Eso ocurre a veces. Glenda es el romanticismo, el amor puro, el hogar futuro, la que te dará hijos... La otra... es lo prohibido, lo apasionado, lo sensual, lo enloquecedor...

—Sí, llámalo así, si quieres. En el fondo, son dos clases de amor. Resulta difícil renunciar a uno de ellos.

—Pero hay que hacerlo, te guste o no. Es ley de vida, Cliff.

—Lo sé —apretó los labios, ensombrecida la mirada—. Por eso vuelvo esta noche a Whitechapel. Será la última, Edwin...

—Entiendo, Espero que sepas concluir el asunto de una vez por todas... sin dar más largas a las cosas. Es mejor así, aunque cueste trabajo.

Clifford Landis asintió en silencio, la mirada perdida en la noche, neblinosa y húmeda, y atravesada por los aguijones helados de una lluvia menuda y persistente.

—Sí —corroboró sordamente—. Ha de ser de una vez por todas...

* * *

Edwin se perdió entre los espectadores que invadían el Liverpool Theatre. Una noche más, su joven amigo iba a embobarse ante los encantos físicos y el arte de su admirada Faith Winters, la «estrella» del espectáculo.

Clifford dio media vuelta. Era pronto aún. Se acercó a La Espada y el Armiño, asomándose al interior. No había mucha gente esa noche. Pudo

preguntar a una mujer rolliza y morena, que casi puso sus enormes pechos en el rostro de Cliff:

—Busco a Jill, preciosa. Jill Latimer, una chica rubia...

—Oh, sí, Jill, la nueva en el barrio... La mojigata que nunca se va con nadie... Sólo bebe cerveza y piensa... —la morena se restregó con Cliff—. Yo soy mucho más ardiente, amiguito... Y seguro que te complaceré en todo...

Cliff miró aquellos gruesos labios sensuales, que ponían un mohín provocativo, que decía más que mil palabras. Aunque era metida en carnes, no era repulsiva ni de mucha edad. Tal vez no llegaba a la treintena. No pudo sentir asco por ella, como sir Josuah. El era tolerante con todo, sobre todo con las mujeres. Sonrió, moviendo la cabeza.

—No —negó—. Ha de ser Jill, encanto.

Y puso un billete de cinco libras, enrollado, entre los abultados pechos de la mujer.

Ella rió, gratamente sorprendida.

—Lástima... Eres muy generoso, guapo mozo —ponderó—. Está bien, si esa mosquita muerta te gusta... No ha venido por aquí. Prueba en el Dirty Dick. La vi la otra noche allí. También sola, mirando a las musarañas...

Cliff agradeció el informe con un gesto, y cruzó Bishopsgate, entrando en la típica taberna del sucio Dick, con sus cien años largos de antigüedad. No vio a Jill por parte alguna, aunque había tres o cuatro rubias muy llamativas esperando cliente. Las eludió con rapidez, y se encaminó hacia el pasaje donde ella vivía.

Llamó varias veces a su puerta, sin que nadie respondiera. Tampoco estaba allí. Empezó a sentir un raro hormigueo de temor. Se paró en seco, a la salida del oscuro y angosto pasaje.

—¿Y si le ha ocurrido algo? —se preguntó a sí mismo en voz alta, con repentina preocupación.

Recorrió varias calles, sin dar con ella. Preguntó a otras dos busconas, de las que se desprendió con dificultad, tras recibir informes despectivos sobre Jill, a 1a que tampoco ellas habían visto, según dijeron.

Su tensión iba en aumento. Era raro que nadie se hubiera encontrado aún con ella esa noche. Muy raro...

Entró en otro de los pasajes tétricos de Whitechapel, en su empeño por hallar a la joven rubia. Casi se tropezó con el hombre que, agitado y vacilante, intentaba salir de allí presuroso. Era fornido, alto, y le resultó familiar. Al pasar a su lado, captó las manchas de sangre en su manga y mano. Rápido aferró al individuo.

—¡Espere! —le interpeló—. ¿Quién es usted? ¿De dónde viene? Va manchado de sangre...

El otro lanzó un sordo juramento, y de repente apareció otra mano, emergiendo de sus oscuras ropas, y lanzando sobre él algo que destelló en la niebla. Por segunda vez en pocos días, era agredido con arma blanca por un hombre, inmediatamente, recordó de qué le había sido familiar por dos veces

el mismo individuo.

Era, en efecto, su agresor de la primera noche, cuando Jill Latimer fue atacada. Y era, también, el fornido carnicero de la casa cercana al Albergue. Le sujetó con mayor energía, eludiendo el corte del cuchillo, y pegándole con tal violencia en el brazo armado, que los dedos se abrieron, emitió un aullido de dolor, y dejó escapar la hoja de acero lejos de su alcance.

Sin contemplaciones, Clifford le martilleó con ambos puños, vertiginosamente, logrando derribarle a sus pies con un último mazazo en pleno hígado, que le dejó sin aliento.

—Veamos, maldito granuja, ¿quién eres? —le interpeló rudamente—. ¡Responde o te rompo los, huesos, bastardo!

—Eddie... Eddie Ratcliff... el carnicero... —jadeó el golpeado—. No me haga daño... Déjeme... Yo no hice nada a nadie... Creí... creí que iba usted a atacarme... Por eso me... me defendí...

—¿Y también te defendiste la noche en que atacaste y heriste a la chica rubia? ¿Te defendías de algún ataque cuando me quisiste acuchillar a mí, cerdo? —rugió Clifford, airado—. ¡Te voy a hacer trizas, maldito embustero.

—No, no lo haga... No avise a la policía... —sollozó el carnicero—. Yo... yo sólo pretendía esa noche... quitarle el dinero a aquella furcia... Me había gastado todo... en bebida... Hay poco trabajo ahora... ¡No me denuncie, señor, por Dios!...

—Ratcliff, usted podría ser el Degollador. ¿Por qué no he de denunciarle?

—No, no, yo no soy... Ese hombre que se ahorcó, dicen los diarios que es el Degollador..., aunque yo sé... que él no lo era. No pudo serlo...

—¿Por qué no, Ratcliff? ¿Por qué no? —le apremió Landis, sin fiarse lo más mínimo de él—. ¡Vamos, contesta de una maldita vez por todas!

—Yo... yo vi muchas noches trabajar en el laboratorio del Albergue al doctor Halsey... Le vi una noche allí... cuando gritaba Nancy Ascott en el callejón, a menos de cincuenta yardas de allí... Yo oí el grito de la víctima, señor... y el doctor Halsey estaba allí, levantó la cabeza, se incorporó, derribando cosas de vidrio, y le oí lamentarse de algo, llevándose las manos a la cabeza, regresando tembloroso al laboratorio... Luego supe que había sido degollada una mujer, Nancy Ascott... El doctor no pudo ser, lo juro...

—Muy bien, Ratcliff. Voy a creer también que no eres tú. Pero si alguna vez te veo merodeando por ahí, en busca del dinero de las mujeres... o atacar a la gente con un cuchillo... te entregaré a la policía, no lo dudes.

Le dejó en el suelo, irritado, y se alejó, tras comprobar que la sangre de la manga aparecía seca, y debía de ser cosa de su trabajo habitual en el matadero. En la mente de Clifford súbitamente, una idea inquietante se abría paso. Y admitió que no era la primera vez que se le ocurría. Desde un principio estuvo seguro de que el doctor Halsey algo tuvo que ver con los crímenes, pero no fue él su brazo ejecutor, ni mucho menos... Aunque su remordimiento terrible le llevó al suicidio. Un remordimiento que, tal vez, asomó ya aquella noche, cuando Ratcliff le vio lamentarse, al oír gritar a la

mujer asesinada. Quizá ya entonces, sabía Halsey lo que sucedía.

De repente, se detuvo sorprendido Landis. Contempló la luz del Albergue. A la puerta, una figura enlutada despedía a un hombre flaco, anciano y andrajoso. La figura le resultó familiar. Fue rápidamente al recinto de caridad.

—Doctora Halsey...—contempló a la mujer, más serenamente bella, ahora que vestía enteramente de negro—. ¿Usted aquí, a estas hora de la noche? ¿Hoy, precisamente?

—No pude venir antes —sonrió tristemente ella—. Me debo a mis enfermos y amigos, Landis. No quise faltar tampoco hoy.

—Pero su esposo...

—Mi esposo reposa en la Morgue, y allí seguirá. No me necesita ya. Y ellos, sí.

—Es usted admirable. Realmente, el auténtico ángel de Whitechapel... —conmovido, Clifford tendió unos billetes a la dama—. Tome, para el Albergue. Siempre harán falta fondos, ¿no es cierto?

—Es mucho dinero, Landis... Son billetes de veinte libras todos...

—No se preocupe. Le hace más falta a este lugar que a mí. Usted sé que les dará la utilidad adecuada...

—No lo dude —lo guardó con un suspiro—. Mañana habrá aquí más medicinas, más alimentos... Ellos lo agradecerán, no lo dude.

—De su labor no puedo dudar nada, doctora Halsey —reveló Cliff su sincera admiración en el tono de su voz—. Quería preguntarle algo... sobre su esposo,

—¿Para qué ya? —Se encogió ella de hombros—. Judson está muerto. Que repose en paz.

—Pero usted debe saber que Judson Halsey no fue el Degollador.

—El parecía creer que sí —dijo, evasiva, la doctora.

—No. El se consideraba responsable, como si su propia mano lo hubiera hecho. Es lo que decía la nota postrera. Pero no quiere decir que lo hiciera. Sabía algo, algo terrible que, sin querer, tal vez él mismo desencadenó... Doctora Halsey, ¿qué tenía entre manos su esposo cuando..., cuando experimentaba en secreto?

—No lo sé. Nunca lo supe —suspiró ella, muy pálida, eludiendo su mirada.

—Pero pudo sospecharlo... ¿O no, señora?

—Las sospechas no significan nada —se encogió ella de hombros, siempre evasiva—. Nada, Landis, Es mejor que no hablemos más de todo eso. El secreto se fue a la tumba con él. Lo que nosotros especulemos, no va a ayudar en nada a nadie...

En aquellos instantes, un agudísimo, prolongado, desgarrador alarido, rasgó el silencio, la niebla, la noche y la helada llovizna. Fue el más terrible grito que jamás oyera Clifford Landis en toda su vida, y le siguieron otros pocos gritos, cortos y ahogados, hasta cesar totalmente.

—Dios mío, ¿qué sucede ahora? —gimió la doctora Halsey, demudada.

—¡Eso ha sido cerca, muy cerca de aquí! —clamó Landis, echando a correr corno un desesperado, hacia punto de origen de los terroríficos gritos de mujer en la agonía.

Precipitadamente, salvó la callejuela y brincó la cerca del matadero de Ratcliff. Allí, ante él, aparecía el espantoso espectáculo, en todo su salvaje y sanguinario significado.

Sobre el empedrado donde el borrachín agresivo de Eddie Ratcliff sacrificaba habitualmente las reses y las seccionaba en trozos, había ahora un cuerpo espantosamente acuchillado, Pero no el de una res, sino el de una mujer de ojos desorbitados, que reflejaban vidriosamente la luz del farol de petróleo. La sangre corría a torrentes por entre los guijarros de lluvia, y la cabeza casi colgaba sobre un solo hilo de carne y nervios, mientras las carótidas vomitaban el líquido elemento.

Junto a ella, un hacha de partir carne, aparecía bañada en sangre, y un cuchillo de carnicero yacía también al lado del hacha, empapado en la misma sangre. El ataque a la mujer de elegantes y brillantes ropas color malva, había sido brutal, aterrador. Primero, un hachazo en su pecho, hendía los bellos senos, provocando sin duda el terrible alarido inicial. Luego, el siguiente ataque había casi decapitado a la infortunada mujer, cuyo rostro dulce y hermoso aparecía ahora desfigurado, crispado por la más terrible de las agonías.

Clifford, con un estremecimiento de horror, identificó a la mujer muerta, pensando inevitablemente en su amigo, sir Edwin Balderston, y en el espectáculo de Liverpool Theatre, que ya nunca más tendría en su escenario a su hermosísima estrella.

—Cielos... ¡Es Faith Winters, la cantante y bailarina a quien tanto admiraba Edwin!

—jadeó, horrorizado—. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí...?

Y en aquel momento, su horror, si ello era posible, creció de grado, cuando tambaleante, como ebria, apareció otra mujer, intensamente pálida bajo los maquillajes excesivos, patético el rostro, oscilante la figura vestida de verde brillante...

—¡Jill! —gritó Clifford, contemplándola angustiado—. ¡Jill, no...!

Y descubrió entonces, sobre el hombro y brazo de Jill Latimer, el hondo surco de una tremenda cuchillada, por cuya herida brotaba abundante sangre, corriendo sobre su vestido.

—Cliff... —gimió roncamente—. El asesino... quiso matarnos... a las dos...

Y se tambaleó, a punto de desplomarse. Landis se apresuró a ir hacia ella y sujetarla en sus brazos, mientras la doctora Halsey pedía auxilio a gritos, y los silbatos de los policemen sonaban por doquier estridentemente.

CAPITULO VIII
LA HOJA DE ACERO

El superintendente Greaves hizo cubrir inmediatamente el cuerpo con una amplia tela. Alrededor del lugar del asesinato, luces bailoteantes iluminaban de modo espectral la escena. Las figuras de los policías iban y venían igual que sombras en la niebla.

Un silencio de horror parecía sobrecoger a todos. En un rincón, Edwin Balderston, a quien Clifford hiciera avisar en el teatro, sollozaba ahogadamente. La empresa del Liverpool también estaba presente, consternada.

—El asesino debió sorprender a Faith cuando iba a entrar en el teatro por la puerta del escenario —comentó Greaves, ceñudo—.Con algún pretexto, la hizo venir hasta aquí, o la forzó a ello, bajo la amenaza de un arma. Una vez en el patio del matadero, la asesinó brutalmente. Y también atacó a su amiguita, Jill Latimer, de quien tenemos que oír la versión de los hechos en cuanto se recupere...

—Faith era una mujer fuerte, vigorosa —se lamentó el empresario, mortalmente lívido—. ¿Cómo pudieron atacarle de este modo sin que ella llegase a defenderse?

—El asesino es fuerte, señor —dijo Greaves con aspereza—. Nunca encontró demasiada resistencia en sus víctimas, esta es la verdad.

Edwin miró a Clifford como ausente, tembloroso y descompuesto. Su voz ronca era un murmullo insistente, monocorde:

—Faith... La hermosa Faith... ¿Cómo imaginar que el Degollador aún existía?

—Ahora tenemos ya la evidencia clara —dijo sombríamente Landis. Se encaminó a la puerta del Albergue—. He de ver cómo está Jill ahora...

Entró. La doctora Halsey le detuvo en la puerta. Los viejos miserables que allí dormitaban, miraban entre curiosos y molestos el ir y venir de las gentes en torno al lugar.

—No, Clifford, ahora no —le pidió ella—. He hecho una primera cura a la chica, pero la hedida es muy profunda y dolorosa. Ha sangrado mucho. Me ha dicho que el asesino empuñaba el hacha en una mano y el cuchillo carnicero en la otra. No pudo ver su rostro por culpa de la niebla y del cuello del macferlán negro, que llevaba subido. También un sombrero cubría su faz. Le pareció un hombre joven y alto... Es todo lo que ha podido decir.

—¿Se ha desvanecido?

—No, pero está muy débil. Debo hacerle otra cura más minuciosa, tras el lavado y desinfección de la herida, y cogerle algunos puntos, o le quedaría una cicatriz horrible para siempre. Es mejor que ahora no entre nadie a molestarla. Tras la primera cura, se ha quedado muy descansada, pero está postradísima.

—Está bien —Landis humedeció sus labios. Le costó hablar, pero lo hizo —. Doctora, esa mujer es..., es amiga mía... Resulta difícil explicarlo, pero...

—Pero no resulta nada difícil entenderlo —sonrió gravemente Yvette Halsey—. Sé cuál debe ser su problema. Es una mujer hermosa, aunque vista de ese modo y sea lo que es... Imagino que está debatiéndose entre dos formas diferentes de sentir el amor, Landis.

—Es cierto —confesó amargamente Cliff.

—No es sólo culpa suya. Por eso hablé así a Glenda. Era una buena terapia para ella... y para usted. Hay que romper tabúes alguna vez, compréndalo. Sólo así sabremos exactamente lo que deseamos. Todos, hombres y mujeres... Ahora, por favor, salga.

—Sí, doctora —suspiró Clifford—. Gracias por todo. Yo debo ir con sir Edwin, con la policía... Regresaré en cuanto pueda.

La doctora Halsey asintió, y Clifford se alejó, para reunirse nuevamente con sir Edwin y confortarle lo más posible. Greaves, tras interesarse por el estado de Jill Latimer, comentó con Landis:

—Volveré más tarde para interrogarla. Si quiere usted, podré traerle con ella...

—Sí, gracias, superintendente —le miró profundamente preocupado—. Bien, ya ve...

El asesino sigue suelto...

—En efecto, amigo mío. Pensamos que todo estaba resuelto, y distaba mucho de ser así... La muerte del doctor Halsey era solamente un eslabón más en esta cadena. Pero ¿qué significado tuvo? ¿Por qué puso fin a su vida de ese modo?

—Es la clave de todo, creo yo. Si supiéramos lo que hizo el doctor Halsey, cuáles eran sus trabajos... tal vez tendríamos la explicación del misterio.

—Sí, pero yo me pregunto: ¿qué relación pueden tener las investigaciones del doctor Halsey con un asesino como éste? ¿Por qué se suicidó sin revelar la verdad completa, si es que la sabía?

—Ya leyó usted la nota. Se sentía culpable de algo, responsable en cierto modo de todo lo que está sucediendo. No pudo soportar esa responsabilidad, y puso fin a su vida.

—Sabemos que lord Henry Rhodes era paciente suyo. También lo era sir Josuah...

—Y yo —corroboró sir Edwin, con voz apagada—. Pero ¿qué puede significar eso, a fin de cuentas, superintendente?

—No lo sé —confesó el policía, ensombrecido—. Es algo que escapa a mi intuición, algo que no logro entender, que no encaja en modo alguno en toda esta serie de horribles crímenes... Halsey vivía en Mayfair...

—Pero venía por aquí. Trabajaba en el Albergue... —apuntó Clifford—. No con la misma frecuencia que su esposa, pero venía. Y últimamente, según la doctora Halsey, sabe usted que acudía a ese laboratorio a seguir sus experimentos secretos...

—Infiernos, sé todo eso, pero ¿qué clase de experimento pudo formar parte de una matanza semejante?

A esa pregunta, ni sir Edwin ni Clifford Landis supieron qué responder. Pero después, en un carruaje oficial, el policía y los dos amigos partieron hacia el cuartelillo cercano donde en colaboración con la policía del distrito del East End, iba a trabajar activamente el superintendente en el asunto.

Una vez allí, Clifford se enteró de que había sido arrestado, como sospechoso, Eddie Ratcliff, el matarife, que juraba y perjuraba no tener nada que ver con lo cedido, ni con crimen alguno cometido en aquellas callejuelas.

Pero el superintendente no padecía dispuesto a creer a pies juntillas los juramentos del propietario del matadero, y estaba dispuesto, según parecía, a apretarle las clavijas al indeseable personaje, en busca de alguna posible confesión que diera luz definitiva, de una vez por todas, al misterio del asesino de mujeres de Whitechapel.

Mientras tanto, Clifford Landis prestaba declaración minuciosa de todo lo sucedido aquella noche, al ayudante del superintendente, sargento Patrick O'Hara, el pelirrojo y amable irlandés.

Estaban en plena declaración, cuando un agente uniformado entró en la oficina del cuartelillo, e hizo entrega de algo envuelto en un pañuelo, al sargento irlandés de rojos cabellos.

—¿Qué diablos es eso, Spencer? —quiso saber el sargento, arrugando el ceño, y dejando de redactar la declaración de Clifford.

—Una navaja, señor.

—¿Una navaja? —El sargento mostró perplejidad—, ¿Qué clase de navaja?

—La hallamos hace un momento, en un rincón del matadero, lejos del cuerpo de Faith Winters... Tiene manchas de sangre en el filo.

—Vaya, una navaja... Ese matadero es un arsenal. Pero no creo que las reses se maten con navaja. Veamos qué aspecto tiene...

Desenvolvió cuidadosamente, sobre la mesa, el objeto cortante, sin tocarlo. Clifford, curioso, también se inclinó para examinarlo. Era una navaja no muy grande, de delgada y afilada hoja, y empuñadura de nácar muy vistosa. Había oscuras manchas en el borde de la hoja. Su naturaleza era inconfundible.

Sangre.

—Bueno, es una preciosa navaja. El superintendente preguntará a ese tal Ratcliff si es suya, como probablemente sucederá. Siempre lleva algún arma blanca encima, el maldito borrachín y ladronzuelo...

—Espere —señaló bruscamente Clifford, señalando la navaja—. No creo que sea de Ratcliff, sargento.

—¿No? ¿Por qué supone tal cosa?

—Es demasiado pequeña para sus manazas. No la manejaría bien. Eso, en principio.

Por otro lado, veo aquí dos iniciales grabadas, en este extremo del nácar...

—Oh, cierto. ¿Qué iniciales son?

Clifford Landis, perplejo, alzó la mirada y la elevó en el sargento O'Hara.

—Eso es lo raro —señaló—. Las iniciales son... F. W. ¿Se da cuenta, sargento?

—¿Cuenta de qué?

—F. W... Faith Winters. La navaja, evidentemente, era propiedad de la víctima...

Y los ojos de Clifford se clavaron, pensativos, en aquella pequeña hoja de acero que, de repente, se convertía a sus ojos en un enigma más, entre los muchos a resolver en el caso de los crímenes de Whitechapel.

* * *

La doctora Yvette Halsey sonrió dulcemente, empezando a levantar los ensangrentados apósitos del brazo de la paciente.

Jill Latimer se quejó entre dientes. Tenía una profunda palidez bajo su exagerado maquillaje. Pero soportaba valientemente el trance, sentada en aquella mesa del quirófano, sin siquiera tener que tumbarse para ser asistida.

—Es usted muy valiente, muchacha —dijo la doctora suavemente, sin cesar en su tarea—. Admiro su valor para soportar el dolor y la pérdida de sangre...

—Estoy acostumbrada a sufrir —sonrió forzada—. Las mujeres de mi clase, doctora, no somos nunca pusilánimes. La vida es dura con nosotras.

—Lo sé —había quitado ya el vendaje inicial. La herida sangraba mucho menos, pero estaba muy abierta—. Tengo que aplicarle puntos de sutura.

—Oh, no... —se quejó ella—. Será doloroso y molesto...

—No hay otro remedio. El corte es profundo. Pero le haré el menor daño posible, puede creerme. Acostumbro a hacer cosas así, y mis pacientes no se quejan mucho, amiga mía...

Comenzó la tarea. Cosió el profundo corte de Jill, y ésta aún perdió más color. Luego se dejó caer, finalmente, sobre la mesa del destartalado quirófano.

—Estoy... muy débil... —gimió.

Y se quedó allí tendida, respirando profundamente, los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás. El cansancio, el dolor y la debilidad, finalmente, habían hecho presa en la valerosa muchacha.

La doctora Halsey fue en busca de caldo caliente para administrarle una taza cuando se recuperase, con unas gotas de vino dentro, como tonificante. No vio a ninguno de los habituales huéspedes del Albergue. Los viejos vagabundos, quizá molestos por la proximidad de tanto policía, se habían dispersado esa noche, dejándola sola en el local con la muchacha herida.

Sin saber la causa, un repentino ramalazo de inquietud sacudió a la joven doctora. Si alguien entrase ahora en el Albergue... encontraría solas a dos mujeres. Indefensas por completo...

La idea le produjo un escalofrío. Optó por cerrar y asegurar la puerta de

entrada. Si la policía o Clifford Landis regresaban, ya llamarían con fuerza para ser escuchados.

Luego, más tranquila, volvió Yvette Halsey al quirófano donde dejara a la muchacha, con la taza de caldo en su mano. La dejó a un lado. Quizá era mejor no molestar ahora a la paciente. Se había adormilado. Su piel ardía con la fiebre producida por la profunda herida, sobre todo en torno a la misma.

La acomodó mejor en la mesa donde se tumbara, y dobló unas toallas, para situarlas como almohada, bajo la rubia cabeza de Jill Latimer.

El maquillaje se había corrido, por el sudor que provocó en ella la curación del brazo, inevitablemente dolorosa. Compasiva, la doctora tomó un suave paño y lo pasó por el rostro de Jill, despojándola de la espesa capa de polvos y del carmín. También, suavemente, despegó sus pestañas, limpió sus rojos labios brillantes... El sudor mismo, frío y ligero, facilitaba la operación.

La faz de Jill quedó casi limpia. Era tersa y joven. No necesitaba para nada de tales afeites exagerados, pensó Yvette.

Luego, intrigada, contempló aquel rostro dormido, enmarcado por los rubios cabellos abundantes, diciéndose que había algo familiar en él, que le recordaba a alguien, sin saber concretamente a qué.

La improvisada almohada quedaba algo desigual, y la arregló con otra toalla, cuidadosamente. Entonces, cedió el cabello. Y la doctora comprendió que la rubia melena de Jill Latimer no era sino un postizo más. Una simple peluca de muy buena calidad...

La despojó de la melena falsa, para que descansara mejor de esa forma. Una espesa mata de negros cabellos, recogidos en forma tirante bajo la dorada peluca, se liberaron entonces.

Y ahora, la doctora sí reconoció el rostro de su paciente. Un grito de asombro e incredulidad escapó de sus labios. Retrocedió ante la faz que Jill Latimer, la muchacha pública de Whitechapel, revelaba ante sus ojos atónitos.

—¡No es posible! —Gritó roncamente Yvette Halsey—. ¡Es Glenda! ¡Glenda Rhodes, en persona!

Glenda-Jill abrió los ojos en ese momento. La miró maligna, fríamente.

—Lo siento, doctora, créame —susurró—. No debió hacerlo. Nunca debió hacer esto.

Ahora..., ahora también tengo que matarla a usted...

CAPITULO IX
MASCARA Y ROSTRO

En la mano de Glenda-Jill —o Jill-Glenda, la doctora no hubiera sabido cómo llamarla— asomó ahora el acerado destello de un flamante bisturí que, durante su ausencia del quirófano, debió tomar la paciente, en previsión de lo que pudiera suceder.

Y ello había sucedido. Ahora, el tremendo, increíble secreto, estaba revelado.

—Jill... Glenda... ¡Dos mujeres en una! Dos personalidades diferentes en una sola mujer... —señaló la doctora, intensamente pálida, retrocediendo ante la mueca malévola de aquel rostro juvenil y hermoso, convertido ahora en una nueva máscara que no era el gesto apasionado de Jill Latimer ni la dulce expresión de Glenda Rhodes, sino la carátula siniestra de la propia muerte, del misterioso asesino de Whitechapel... De modo que Judson acertó en su experimento... Lo logró, a fin de cuentas...

—Sí, lo logró... —jadeó la paciente, aproximándose a ella, bisturí en mano —. Su marido era muy inteligente. Obtuvo la droga para conseguir que el «otro yo» de las personas saliera a flote. Para que una misma persona pudiera ser, a la vez, dos personas diferentes... Pero sus ideas eran erróneas. Eso no conducía a nada bueno. Era crear un monstruo dentro de uno mismo... Ya queda poco en mí de Glenda Rhodes, ¿comprende? Es la personalidad de Jill Latimer la que triunfa, la más poderosa de ambas... ¡Y Jill Latimer no es sólo una mujer que desea el placer, carnal y nada más, sino también una mujer que odia a las demás mujeres, que detesta a las mujerzuelas, porque éstas tuvieron siempre en su vida lo que la otra personalidad mía nunca tuvo! ¡Jill piensa por Glenda, y hace lo que a ésta le hubiera gustado hacer con las rameras que le quitaban el amor de Cliff, sólo porque éste las deseaba, y por ella sentía algo más puro! Yo he sido para él fuego y pasión, como Jill Latimer. Y sólo romanticismo y amor limpio, como Glenda Rhodes. Cada una de nosotras, odiamos a la otra, y lo sabemos. Un día, nos destruiremos mutuamente. Una vencerá a la otra, y espero que la triunfadora sea Jill, y aplaste a la pobre reprimida hipócrita de Glenda Rhodes, la que no se atreve a nada... ¡Si esa maldita actriz, Faith Winters, no me hubiese herido con su navaja...! Iba armada para protegerse de algún posible peligro... y tuvo que herirme cuando la ataqué...

Hizo una pausa, ante la mirada de horror profundó de su interlocutora, fija la vidriosa luz de las pupilas cambiantes de Jill-Glenda en la joven doctora.

—Eso que había logrado engañarla... Le dije que a su amiguito sir Edwin le ocurría algo, que la esperaba junto al matadero... Y la muy tonta vino conmigo, pero al verme tomar el hacha, sospechó algo... y sacó su navajita de juguete, con la que me cortó, apenas alcé el hacha sobre sus pechos. Luego, ya nada pudo hacer..., pero ahora no sé cómo saldrá de ésta Glenda Rhodes...

—se rió de sí misma, de su «otra» personalidad—. La estúpida de Glenda, que jamás se entregó a Cliff...

—Está loca, Glenda. Totalmente loca —acusó Yvette Halsey—. Usted es Glenda. Jill no existe. Ese sí es su «otro yo» oculto, el monstruo que lleva dentro... Creó a Jill Latimer para satisfacer sus más bajos instintos, los que Glenda no permitía que aflorasen a la superficie. ¡Jill es el deseo, los apetitos desenfrenados, la violencia, el odio, el crimen incluso...! Es una pobre desequilibrada, Glenda. Sólo eso... Sus escapadas nocturnas, para convertirse en Jill con maquillajes y pelo falso... no son sino el índice claro de su avanzado estado de paranoia, de esquizofrenia aguda...

—¡Miente! —Rugió ella, airada, agitando el bisturí en el aire—. ¡Miente, doctora! ¡Soy Jill Latimer, y Glenda está muriendo en mí para siempre! ¡Pero todo esto fue obra de su propio esposo, cuando experimentó con la dulce Glenda Rhodes, para ver si, realmente, lograba despertar en las personas hipócritas y reprimidas, un ansia de liberación, para desarrollar su auténtico ego! Fue demasiado lejos y creó un monstruo... ¡Ahora, usted pagará esos errores del doctor Halsey, el brillante químico que supo crear a dos mujeres dentro de una sola! ¡Usted, doctora Halsey, sabe ya demasiado y debe morir! Luego, Cliff elegirá entre Glenda y yo... ¡y estoy segura de que Jill triunfará finalmente!

—No, Glenda. Ya ninguna puede triunfar sobre la otra. Es el fin de la persona. Se ha roto el equilibrio. Judson pagó ese mal que hizo. Ahora tengo que pagar yo, es posible. Pero al final, quien más sufrirá, quien pagará por todos... será usted, Glenda Rhodes... o Jill Latimer, sobreviva quien sobreviva de ambas, dentro de ese cuerpo.

El bisturí voló hacia el rostro de la doctora, en busca de sus ojos. La primera intención de la monstruosa mujer era vaciar las pupilas de su antagonista, para luego degollarla brutalmente.

Le sería tan sencillo explicar después que el Degollador entró en el Albergue, sorprendiéndolas, y teniendo ella que huir, mientras la doctora era asesinada...

¿Quién iba a sospechar, después de todo, de Jill Latimer... o de Glenda Rhodes? Nadie. Absolutamente nadie.

Yvette gritó. El bisturí buscó sus ojos, implacable…

* * *

El arma hizo fuego cuando el bisturí descendía sobre Yvette Halsey, caída de rodillas ante su verdugo inexorable...

La bala penetró justamente por la sien izquierda de Jill Latimer-Glenda Rhodes. Salió por la opuesta, después de perforar su cerebro.

Era la única forma de evitar que el bisturí descendiese fatalmente, vaciando los ojos de la doctora.

La mujer de cabellos negros y pálido rostro, cayó sin vida, ante el grito de

horror de Yvette Halsey, que cerró sus ojos, para no contemplar siquiera el cadáver de aquella mujer que, en realidad, poseyera dos mujeres antagónicas dentro de sí. Como quizá todo el mundo poseía otro ego diametralmente opuesto. Pero en los demás, no se desarrollaba, no surgía nunca a la epidermis. Y en este caso, un infortunado experimento químico-biológico, causó el desastre.

—Menos mal que llegamos a tiempo, doctora Halsey —dijo con voz profunda el superintendente Greaves—. Se lo debe usted a Clifford Landis. El ha sido el primero en ver claro en este horror...

Tras el policía y sus acompañantes uniformados, entró lentamente Cliff, contemplando el cadáver de Glenda, la peluca rubia en la mesa, dándose cuenta, de una sola ojeada, de que sus sospechas repentinas y escalofriantes, habían sido ciertas. Muy ciertas...

—Jill... Glenda... —susurró, patético—. Dios mío. Ahora, ya nunca sabré... cuál de las dos...

Cerró los ojos, tambaleante. Greaves le oprimió el hombro, alentador.

—Debió escapar esta noche de mi casa, burlando a mi esposa —comentó —. Y adoptó de nuevo la apariencia de Jill Latimer... ¿Qué le hizo sospechar, Landis?

—La herida. Sólo la herida, la navaja de Faith Winters... Era una posibilidad delirante al principio. Pero luego recordé... Nunca vi juntas a Jill y a Glenda. Y la noche en que dejé a Jill en su casa y volví a mi hogar... ya estaba allí Glenda. Pero si el más leve asomo de maquillaje, con su negro pelo despeinado... Algo impropio de ella. Evidentemente, no tuvo tiempo de hacer el cambio, mientras tomaba otro carruaje y se adelantaba a mí, a través de todo Londres... Luego había otros indicios extraños. En realidad, ella nunca tenía miedo del asesino. Deambulaba por ahí, sin ser atacada... La única vez que la acosaron, fue cosa de ese infeliz de Eddis Ratcliff, el matarife, no del asesino... Y, sin embargo, siempre estaba muy cerca de donde se cometían los crímenes. ¿Quién podía sospechar de otra mujer de parecido estilo a las víctimas? Nadie, absolutamente nadie...

La tomó consigo, la alzó del suelo y la confortó nuevamente:

—Vamos, doctora... Vamos. Los dos estamos ahora solos y podemos ayudarnos mutuamente, amiga mía...

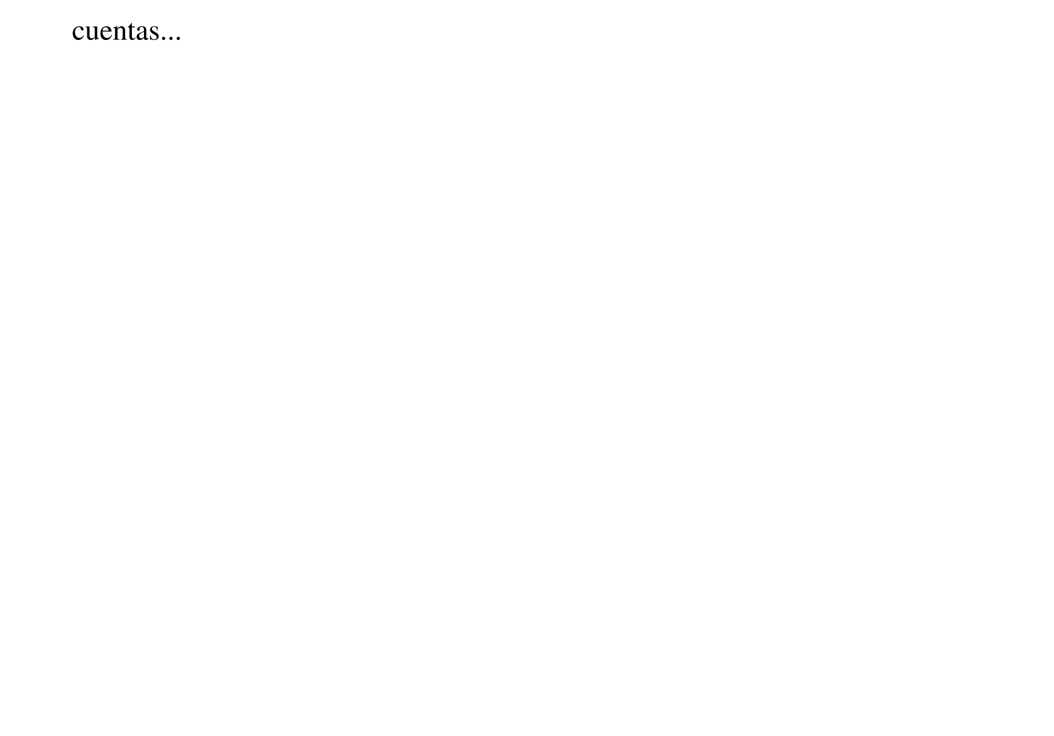
—Sí, Landis... Gracias por todo. Usted ha significado mi salvación...

—Olvídelo ahora. Olvide todo, como intentaré hacer yo... —le pidió Clifford Landis, yendo con ella hacia la salida del Albergue, bajo la mirada del superintendente Greaves. Vamos ya, amiga mía...

Salieron de allí. Greaves cambió una mirada con el sargento O'Hara, y luego clavó los ojos en el monstruo que yacía en tierra, en la mujer que fue, a la vez, dos seres distintos y antagónicos, hasta que mutuamente se destrozaron ambos.

—Sí, lo mejor será que olviden. Son jóvenes, están solos, son hombre y mujer... ¡qué diablos ! Todo va a serles más fácil de lo que creen, a fin de

cuentas...



EPILOGO

La copa de jerez brilló al reflejo de la luz de las lámparas del salón. Clifford Landis tomó un lento sorbo del dorado licor. Luego, su mirada se deslizó por los majestuosos y severos cuadros de los muros, enmarcados en madera de caoba, y en los butacones de los socios, donde algunos dormitaban, la mayoría hojeaba el Times o el Financial, y otros rodeaban la mesa en la que se acomodaba Clifford, uno de los más jóvenes miembros del círculo social de Mayfair.

—¿Realmente querían preguntarme algo...? —su voz sonó grave, mientras deslizaba su mirada sobre los presentes, uno por uno.

—Sí, Cliff. Lo siento, de verdad, pero después de lo sucedido hoy, creo que valdría la pena conocer los hechos más a fondo, estar seguros de lo que realmente sucedió... Es sólo curiosidad, si así quieres entenderlo, pero... —Edwin Balderston movió la cabeza con pesar—. La verdad, sé que puedes negarte a hablar de ello. Sin embargo, creo que no merece la pena encerrarse en el silencio ni tratar de pensar que nada de lo sucedido llegó a suceder realmente.

—Edwin, me sorprende que hables así, precisamente tú —sonrió tristemente Clifford Landis—. Sabes que no me gusta eludir las cosas en su auténtico significado. Es mejor afrontar los hechos sin rodeos. Incluso los más duros. Como hiciste tú con la muerte de tu querida Faith...

—Sí, Cliff, sé que piensas así. —Sir Edwin miró a los demás—. Pero en tu caso es muy diferente... Para mí, Faith era sólo una bella aventura. Para ti... era muy distinto. Glenda, era tu futuro. Luchaste mucho por ella, por recuperarla...

—Espera, Edwin —le cortó vivamente Cliff, alzando una mano—. Es cierto que lo intenté todo, pero tampoco es menos cierto que la llegué a olvidar un poco, por culpa de otra clase de amor... Por el deseo puro y simple, por la atracción física de otra mujer...

—¿Otra mujer? —uno de los presentes terció en la charla— Cliff, tú sabes que era la misma mujer...

—No, no. Glenda y Jill no eran una misma mujer. Podían serlo en lo físico, pero sus mentes seguían caminos opuestos. No era sólo una cuestión de peluca, maquillaje y modales diferentes, voz desgarrada y todo eso... Era otra mente, otra psicología. El experimento químico del doctor Halsey había resultado más trascendente de cuanto él imaginó. Dio tales resultados, que consiguió, realmente, separar de Glenda su «otro yo», su subconsciente reprimido por una sociedad hipócrita y llena de prejuicios como la nuestra, y por unas normas familiares las más de las veces represivas y auténtico freno de todo instinto y de todo apetito sexual. En realidad, cuando me sentí atraído por Jill Latimer, fue porque otra mujer muy distinta a Glenda me había cogido en sus redes. El monstruo que todos llevamos dentro, había llegado a tal

desarrollo «dentro» de ella, que logró superarla y dominarla absolutamente, tomando ya vida propia. Lo malo es que Jill no era sólo la carne, la lujuria y el deseo, sino también las pasiones liberadas, los odios sin cadenas ni represiones. Y todo ello significaba crueldad, violencia, ferocidad, sadismo incluso. Y una inevitable parte de masoquismo, puesto que no le importaba sufrir ella misma, siempre que hiciera sufrir a los demás.

—Resultaba increíble que, se produjese tal fenómeno biológico y psíquico en una muchacha como Glenda Rhodes —apuntó con un suspiro Edwin Balderston—. Y ahora, como epílogo trágico de todo ello... muere lord Henry Rhodes. Pone fin a su vida, como lo hiciera el doctor Halsey, colgándose de una soga...

—En realidad, se sentía tan culpable de la dualidad de su sobrina, como lo fue el propio doctor Halsey —comentó lentamente Clifford—. No sé si se mató por eso...o, como dijo el doctor Hennessy, a causa de un tumor maligno que, junto con la enfermedad venérea, minaba ya tanto su salud y su vida, que no quiso morir entre sufrimientos, y optó por el suicidio. Además de eso, sabemos ya que, como sospeché yo, lord Henry había dilapidado la fortuna de su sobrina en una parte muy amplia, casi total.

—Es una triste historia —musitó sir Josuah Harris, jugueteando con el bastón en el que se apoyaba, aquel que ocultaba en su negra caña el largo y afilado estoque—. Muy triste... De veras que lamento haber chocado con usted, Landis. Espero me haya sabido perdonar...

—Claro —sonrió Cliff con amargura—. Todo está olvidado, sir Josuah. Yo también debo disculparme por haber sospechado que usted fuese el Degollador de Whitechapel...

—¿Y la fórmula del doctor Halsey? —se interesó otro socio del club.

—Evidentemente, él la destruyó antes de morir, para evitar que nadie pudiese volver a utilizar su hallazgo. Es obvio que, además de arrepentido de las consecuencias de su obra, estaba asustado por lo que ocurría. El no ignoraba que Glenda, en realidad, era también la mujerzuela de Whitechapel y, por tanto, la culpable de los horribles asesinatos. Pero no quiso revelar la verdad y denunciarla, porque consideraba que era él más culpable que ella misma... y le guardó esa última fidelidad a la mujer que, en el fondo, no era sino su víctima. La doctora Halsey, pese a la reserva de su marido, vio algo raro en Glenda, y sospechó lo demás. Trató de salvarla, pero ya era tarde. Demasiado tarde. El monstruo había crecido demasiado. Tenía ya su propia vida y, en realidad, podríamos decir que había terminado por devorar a Glenda, a la persona en cuyo cuerpo y mente se había desarrollado hasta tomar vida propia.

Siguió un silencio en la sala del Metropolitan. Lentamente. Clifford se puso en pie, al apurar su copa de jerez, tras mirar su reloj de bolsillo.

—Lo siento, caballeros —dijo—. Son las cinco menos cuarto, y tengo que ausentarme. Alguien me espera y no debo hacerle esperar...

—Espera, Cliff —suspiró sir Edwin—. Voy contigo. Yo también tengo

algo que hacer. Se despidieron de los demás miembros, saliendo al vestíbulo. El día, aunque nublado, no era lluvioso ni triste. Tampoco ofrecía señales de niebla inmediata. Los dos amigos se detuvieron en la puerta del local social. Por Mayfair, circulaban los carruajes de caballos en una y otra dirección.

—Voy al Variety Hall —dijo sir Edwin con un suspiro—. Representan una comedia musical realmente deliciosa.

—¿De veras? —Cliff le miró, pensativo—. ¿Ya no te atrae el Liverpool?

—Cielos, no —se estremeció sir Edwin—. No volveré en un tiempo por Whitechapel. Me trae malos recuerdos. Anteayer dejé una corona de flores en la tumba de Faith. Es todo lo que puedo hacer ya por ella. Ahora... prefiero pensar en Annie.

—¿Annie? —enarcó las cejas Clifford.

—Sí. Annie Castle. Es la primera figura del Variety. Una delicia de criatura, puedes creerme.

Clifford sonrió, moviendo la cabeza. Sir Edwin llamó un carruaje de punto, tal vez para disimular un poco, mientras Cliff carraspeaba, irónico.

—Vaya, creo que haces bien —opinó Landis—. Lo mejor es olvidar. Hay que seguir viviendo, Edwin. Nos guste o no, nada de lo que pasó se puede enmendar, en estos momentos...

Y precisamente en aquellos instantes, cuando Edwin iba a subir al vehículo que se detuviera ante el club Metropolitan, otro carruaje fue a detenerse junto a la acera, y se abrió la portezuela, asomando por ella la doctora Halsey, vestida de suaves tonos grises, muy elegante y sobria. Su rostro, pálido y algo melancólico, conservaba su hermosura de siempre, ahora quizá realzada por un renovado brillo de vitalidad y optimismo en el fondo de sus pupilas.

—Buenas tardes, Cliff —saludó dulcemente—. Como ves, soy puntual...

—Cierto, Yvette —sonrió Cliff, encaminándose al vehículo—. Sorprendentemente puntual, para ser una mujer...

Antes de subir al vehículo, se volvió. Su mirada se cruzó con la de su amigo Edwin, que mostraba una grata sorpresa en su gesto.

—Me alegra mucho por vosotros, Cliff —dijo, saludando respetuosamente a Yvette Halsey—. De verdad que sí. Espero que eso sea algo más que una simple y buena amistad...

—Por el momento, sólo es eso, Edwin —dijo Cliff—. Una buena amistad. Después..., nunca se sabe.

—Ojalá sea lo mejor para ambos —les guiñó sir Edwin un ojo maliciosamente—. Buenas tardes, doctora. Hasta siempre, Cliff, amigo mío. Y recuerda lo que tú mismo me has dicho... Lo mejor, es olvidar el pasado. Lo que ha ocurrido, ya no puede cambiarse. Nadie vuelve atrás. Se vive el presente. Y el futuro. Nada más...

Se alejó con su carruaje, en busca de su nuevo romance teatral. Tras mirarse entre sí Clifford y la viuda del doctor Halsey, él subió al carruaje, y ésta también partió en distinta dirección, a través del señorial Mayfair, dejando atrás el Metropolitan Men Club.

Él uno junto al otro, Yvette y Clifford miraron al exterior, a las calles del West End londinense, acaso pensando por un momento en ese pasado que era preciso enterrar. En el pasado de cada uno, igualmente amargo y doloroso. Para después, al encontrarse sus miradas, brillar en ellas una luz nueva, esperanzadora, capaz de ofrecer la posibilidad de que, en un futuro próximo, todo aquello que ahora les pesaba en el alma como una carga penosa y triste, no fuese sino un lejano recuerdo inevitable. Pero sólo eso: un recuerdo, en una nueva vida prometedora de más felices y mejores momentos.

Una vida nueva, a la que se habían hecho acreedores los dos jóvenes, tras la pesadilla vivida en aquel trágico otoño de 1888 en el East End londinense...

FIN